

---

# EL RUFIÓN DICHOSO

Miguel de Cervantes

Texto basado en la edición príncipe, EL RUFIÓN DICHOSO en OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUEVOS NUNCA REPRESENTADOS, COMPUESTAS POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615). Fue editado en forma electrónica por Vern G. Williamsen en 1997.

---

Personas que hablan en ella:

- Cristóbal de LUGO, estudiante
- LOBILLO, rufián
- GANCHOSO, rufián
- El ALGUACIL Villanueva
- Dos CORCHETES
- LAGARTIJA, muchacho
- Una DAMA
- Su MARIDO
- El inquisidor TELLO de Sandoval
- Dos MÚSICOS
- Un SASTRE
- Un CIEGO
- Un PASTELERO
- ANTONIA
- Otra MUJER
- CARRASCOSA, padre de la mancebía
- PERALTA, estudiante
- GILBERTO, estudiante
- Un ÁNGEL
- La COMEDIA
- La CURIOSIDAD
- El padre CRUZ
- Fray ANTONIO
- Fray ÁNGEL
- El PRIOR
- Tres CIUDADANOS
- Doña ANA de Treviño
- Dos CRIADOS
- Un CLÉRIGO
- SAQUIEL, demonio
- VISIEL, demonio
- LUCIFER
- Tres ALMAS de purgatorio
- El VIRREY de Méjico

---

[PRIMERA JORNADA]

---



LUGO: Crea el so alguacil que no le cuadra  
ni esquina el predicar; deje ese oficio  
a quien le toca, y vaya y pique aprisa.  
ALGUACIL: Sin picar nos iremos, y agradézcalo  
a su amo; que, a fe de hijodalgo,  
que yo sé en qué parará este negocio.  
LUGO: En irse y en quedarme.  
CORCHETE 1: Yo lo creo,  
porque es un Barrabás este Cristóbal.  
CORCHETE 2: No hay gamo que le iguale en ligereza.  
CORCHETE 1: Mejor juega la blanca que la negra,  
y en entrambas es águila volante.  
ALGUACIL: Recójase y procure no encontrarme,  
que será lo más sano.  
LUGO: Aunque sea enfermo,  
haré lo que fùere de mi gusto.  
ALGUACIL: Venid vosotros.

*[Vase] el ALGUACIL*

CORCHETE 1: So Cristóbal, ¡vive  
que no le conocí!; ¡sí, juro cierto!  
CORCHETE 2: Señor Cristóbal, yo me recomendo;  
de mí no hay qué temer; soy ciego y mudo  
para ver ni hablar cosa que toque  
a la mínima suela del calcorro  
que tapa y cubre la coluna y basa  
que sustentan la máquina hampesca.  
LUGO: ¿[Y] dónde cargaste [tú], Calahorra?  
CORCHETE 2: No sé; Dios con la noche me socorra.

*[Vanse] Los dos CORCHETES*

LUGO: ¡Que sólo me respeten por mi amo  
y no por mí, no sé esta maravilla!;  
mas yo haré que salga de mí un bramo  
que pase de los muros de Sevilla.  
Cuelgue mi padre de su puerta el ramo,  
despoje de su jugo a Manzanilla;  
conténtese en su humilde y bajo oficio,  
que yo seré famoso en mi ejercicio.

*[Sale], a este instante, LAGARTIJA, muchacho*

LAGARTIJA: Señor Cristóbal, ¿qué es esto?  
¿Has reñido, por ventura,  
que tienes turbado el gesto?  
LUGO: Pónele de sepultura  
el ánimo descompuesto.  
La de ganchos saqué a luz,  
porque me hiciese el buz  
un bravo por mi respeto;  
mas huyóse de su aspecto  
como el diablo de la cruz.  
LAGARTIJA: ¿Qué me quieres, Lagartija?  
La Salmerona y la Pava,  
la Mendoza y la Librijá,  
que es cada cual por sí brava,  
gananciosa y buena hija,  
te suplican que esta tarde,  
allá cuando el sol no arde  
y hiere en rayo sencillo,  
en el famoso Alamillo  
hagas de tu vista alarde.  
LUGO: ¿Hay regodeo?  
LAGARTIJA: Hay merienda,  
que las más famosas cenas  
ante ella cogen la rienda:

cazuelas de berenjenas  
serán penúltima ofrenda.

Hay el conejo empanado,  
por mil partes traspasado  
con saetas de tocino;  
blanco el pan, aloque el vino,  
y hay turrón alicantado.

Cada cual para esto roba  
blancas vistosas y nuevas,  
una y otra rica coba;  
dales limones las Cuevas  
y naranjas el Alcoba.

Daráles en un instante  
el pescador arrogante,  
más que le hay del norte al sur,  
el gordo y sabroso albur  
y la anguila resbalante.

El sábalo vivo, vivo,  
colear en la caldera,  
o saltar en fuego esquivo,  
verás en mejor manera  
que te lo pinto y describo.

El pintado camarón,  
con el partido limón  
y bien molida pimienta,  
verás cómo el gusto aumenta  
y le saca de harón.

LUGO: ¡Lagartija, bien lo pintas!

LAGARTIJA: Pues llevan otras mil cosas  
de comer, varias, distintas,  
que a voluntades golosas  
las harán poner en quintas.

LUGO: ¿Qué es en quintas?

LAGARTIJA: En división,  
llevándose la afición  
aquí y allí y acullá:  
que la variedad hará  
no atinar con la razón.

LUGO: ¿Y quién va con ellas?

LAGARTIJA: ¿Quién?

El Patojo, y el Mochuelo,  
y el Tuerto del Almadén.

LUGO: Que ha de haber soplo recelo.

LAGARTIJA: Ve tú, y se hará todo bien.

LUGO: Quizá, por tu gusto iré;  
que tienes un no sé qué  
de agudeza, que me encanta.

LAGARTIJA: Mi boca pongo en la planta  
de tu valeroso pie.

LUGO: ¡Alza, rapaz lisonjero,  
indigno del vil oficio  
que tienes!

LAGARTIJA: Pues dél espero  
salir presto a otro ejercicio  
que muestre ser perulero.

LUGO: ¿Qué ejercicio?

LAGARTIJA: Señor Lugo,  
será ejercicio de jugo,  
puesto que en él se trabaja,  
que es jugador de ventaja,  
y de las bolsas verdugo.

¿No has visto tú por ahí  
mil con capas guarnecidas,  
volantes más que un neblí,  
que en dos barajas bruñidas  
encierran un Potosí?

Cuál destos se finge manco  
para dar un toque franco  
al más agudo, y me alegro  
de ver no usar de su negro  
hasta que topen un blanco.

LUGO:                    ¡Mucho sabes! ¿Qué papel  
es el que traes en el pecho?  
LAGARTIJA:            ¿Descúbreme algo dél?  
Todo el seso sin provecho  
de Apolo se encierra en él.  
Es un romance jácaro,  
que le igualo y le comparo  
al mejor que se ha compuesto;  
echa de la hampa el resto  
en estilo jaco y raro.  
Tiene vocablos modernos,  
de tal manera que encantan;  
unos bravos, y otros tiernos;  
ya a los cielos se levantan,  
ya bajan a los infiernos.

LUGO:                    Dile, pues.  
LAGARTIJA:            Séle de coro;  
que ninguna cosa ignoro  
de aquesta que a luz se saque.  
LUGO:                    ¿Y de qué trata?

LAGARTIJA:            De un jaque  
que se tomó con un toro.

LUGO:                    Vaya, Lagartija.  
LAGARTIJA:            Vaya,  
y todo el mundo esté atento  
a mirar cómo se ensaya  
a pasar mi entendimiento  
del que más sube la raya.

Año de mil y quinientos  
y treinta y cuatro corría,  
a veinte y cinco de mayo,  
martes, aciago día,  
sucedió un caso notable  
en la ciudad de Sevilla,  
digno que ciegos le canten,  
y que poetas le escriban.  
Del gran corral de los Olmos,  
do está la jacarandina,  
sale Reguilete, el jaque,  
vestido a las maravillas.  
No va la vuelta del Cairo,  
del Catay ni de la China,  
ni de Flandes, ni Alemania,  
ni menos de Lombardía:  
va la vuelta de la plaza  
de San Francisco bendita,  
que corren toros en ella  
por Santa Justa y Rufina;  
y, apenas entró en la plaza,  
cuando se lleva la vista  
tras sí de todos los ojos,  
que su buen donaire miran.  
Salió en esto un toro hosco,  
¡válasme Santa María!,  
y, arremetiendo con él,  
dio con él patas arriba.  
Dejóle muerto y mohíno,  
bañado en su sangre misma;  
y aquí da fin el romance  
porque llegó el de su vida.

LUGO:                    ¿Y éste es el romance bravo  
que decías?

LAGARTIJA:            Su llaneza  
y su buen decir alabo;  
y más, que muestra agudeza  
en llegar tan presto al cabo.

LUGO:                    ¿Quién le compuso?  
LAGARTIJA:            Tristán,  
que gobierna en San Román

la bendita sacristía,  
que excede en la poesía  
a Garcilaso y Boscán.

*[Sale], a este instante, una DAMA, con el manto hasta la mitad del rostro*

DAMA: Una palabra, galán.  
LUGO: Ve con Dios; y quizá iré,  
si estás cierto que allá van.  
LAGARTIJA: Digo que van, yo lo sé;  
y sé que te aguardarán.

*[Vase] LAGARTIJA*

DAMA: Arrastrada de un deseo  
sin provecho resistido,  
a hurto de mi marido,  
delante de vos me veo.  
Lo que este manto os encubre,  
mirad, y después veréis

*Mírala [LUGO] por debajo del manto*

si es razón que remediéis  
lo que la lengua os descubre.  
¿Conocéisme?

LUGO: Demasiado.  
DAMA: En eso veréis la fuerza  
que me incita, y aun me fuerza,  
a ponerme en este estado;  
mas, porque no estéis en calma  
pensando a qué es mi venida,  
digo que a daros mi vida  
con la voluntad del alma.  
Vuestra rara valentía  
y vuestro despejo han hecho  
tanta impresión en mi pecho,  
que pienso en vos noche y día.  
Quítame este pensamiento  
pensar en mi calidad,  
y al gusto la voluntad  
da libre consentimiento;  
y así, sin guardar decoro  
a quien soy en ningún modo,  
habré de decirlo todo:  
sabed, Lugo, que os adoro.  
No fea, y muy rica soy;  
sabré dar, sabré querer,  
y esto lo echaréis de ver  
por este trance en que estoy;  
que la mujer ya rendida,  
aunque es toda mezquindad,  
muestra liberalidad  
con el dueño de su vida.  
En la tuya o en mi casa,  
de mí y de mi hacienda puedes  
prometerte, no mercedes,  
sino servicios sin tasa;  
y, pues miedo no te alcanza,  
no te le dé mi marido,  
que el engaño siempre ha sido  
parcial de la confianza.  
No llegan de los recelos,  
porque los tiene discretos,  
a hacer los tristes efectos  
que suelen hacer los celos;  
y, porque nunca ocasión

de tenerlos yo le he dado,  
le juzgo por engañado  
a nuestra satisfacción.

LUGO:

¿Para qué arrugas la frente  
y alzas las cejas? ¿Qué es esto?  
En admiración me ha puesto  
tu deseo impertinente.

Pudieras, ya que querías  
satisfacer tu mal gusto,  
buscar un sujeto al justo  
de tus grandes bizarrías;  
pudieras, como entre peras,  
escoger en la ciudad  
quien diera a tu voluntad  
satisfacción con más veras;  
y así, tuviera disculpa  
con la alteza del empleo  
tu mal nacido deseo,  
que en mi bajeza te culpa.

Yo soy un pobre criado  
de un inquisidor, cual sabes,  
de caudal, que está sin llaves,  
entre libros abreviado;  
vivo a lo de Dios es Cristo,  
sin estrechar el deseo,  
y siempre traigo el baldeo  
como sacabuche listo;  
ocúpome en bajas cosas,  
y en todas soy tan terrible,  
que el acudir no es posible  
a las que son amorosas:

DAMA:

a lo menos, a las altas,  
como en las que en ti señalas;  
que son de cuervo mis alas.

No te pintes con más faltas,  
porque en mi imaginación  
te tiene amor retratado  
del modo que tú has contado,  
pero con más perfección.

No pido hagas quimeras  
de ti mismo; sólo pido,  
deseo bien comedido,  
que, pues te quiero, me quieras.

Pero, ¡ay de mí, desdichada!  
¡Mi marido! ¿Qué haré?  
Tiemblo y temo, aunque bien sé  
que vengo bien disfrazada.

[Sale] su MARI DO

LUGO:

Sosegaos, no os desviéis,  
que no os ha de descubrir.

DAMA:

Aunque me quisiera ir,  
no puedo mover los pies.

MARIDO:

Señor Lugo, ¿qué hay de nuevo?

LUGO:

Cierta cosa que contaros,  
que me obligaba a buscaros.

DAMA:

(Irme quiero, y no me atrevo.) [Aparte]

MARIDO:

Aquí me tenéis; mirad  
lo que tenéis que decirme.

DAMA:

(Harto mejor fuera irme.) [Aparte]

LUGO:

Llegaos aquí y escuchad.  
La hermosura que dar quiso  
el cielo a vuestra mujer,  
con que la vino a hacer  
en la tierra un paraíso,  
ha encendido de manera  
de un mancebo el corazón,  
que le tiene hecho carbón  
de la amorosa hoguera.

Es rico y es poderoso,  
y atrevido de tal modo,  
que atropella y rompe todo  
lo que es más dificultoso.  
No quiere usar de los medios  
de ofrecer ni de rogar,  
porque, en su mal, quiere usar  
de otros más breves remedios.

Dice que la honestidad  
de vuestra consorte es tanta,  
que le admira y que le espanta  
tanto como la beldad.

Por jamás le ha descubierto  
su lascivo pensamiento;  
que queda su atrevimiento,  
ante su recato, muerto.

MARIDO: ¿Es hombre que entra en mi casa?

LUGO: Rondala, mas no entra en ella.

MARIDO: Quien casa con mujer bella,  
de su honra se descasa,  
si no lo remedia el cielo.

DAMA: (¿Qué es lo que tratan los dos? Aparte  
¿Si es de mí? ¡Válgame Dios,  
de cuántos males recelo!

LUGO: Digo, en fin, que es tal el fuego  
que a este amante abrasa y fuerza,  
que quiere usar de la fuerza  
en cambio y lugar del ruego.

Robar quiere a vuestra esposa,  
ayudado de otra gente  
como yo, desta valiente,  
atrevida y licenciosa.

Hame dado cuenta dello,  
casi como a principal  
desta canalla mortal,  
que en hacer mal echa el sello.

Yo, aunque soy mozo arriscado,  
de los de campo través,  
ni mato por interés,  
ni de ruindades me agrado.

De ayudalle he prometido,  
con intento de avisaros;  
que es fácil el repararos,  
estando así prevenido.

MARIDO: ¿Soy hombre yo de amenazas?

Tengo valor, ciño espada.

LUGO: No hay valor que pueda nada  
contra las traidoras trazas.

MARIDO: En fin: ¿mi consorte ignora  
todo este cuento?

LUGO: Así ella  
os ofende, como aquella  
cubierta y buena señora.  
Por el cielo santo os juro  
que no sabe nada desto.

MARIDO: De ausentarla estoy dispuesto.

LUGO: Eso es lo que yo procuro.

MARIDO: Yo la pondré donde el viento  
apenas pueda tocalla.

LUGO: En el recato se halla  
buen fin del dudoso intento.

Retiradla, que la ausencia  
hace, pasando los días,  
volver las entrañas frías  
que abrasaba la presencia;

y nunca en la poca edad  
tiene firme asiento amor,  
y siempre el mozo amador  
huye la dificultad.

MARIDO: El aviso os agradezco,



señor Lugo, y algún día  
sabréis de mi cortesía  
si vuestra amistad merezco.

LUGO: El nombre saber quisiera  
dese galán que me acosa.  
Eso es pedirme una cosa  
que de quien soy no se espera.

Basta que vais avisado  
de lo que más os conviene,  
y este negocio no tiene  
más de lo que os he contado.

MARIDO: Vuestra consorte, inocente  
está de todo este hecho;  
vos, con esto satisfecho,  
haced como hombre prudente.

Casa fuerte y heredad  
tengo en no pequeña aldea,  
y llaves, que harán que sea  
grande la dificultad  
que se oponga al mal intento  
dese atrevido mancebo.  
Quedaos, que en el alma llevo  
más de un vario pensamiento.

*Vase el MARI DO*

DAMA: Entre los dientes ya estaba  
el alma para dejarme;  
quise, y no pude mudarme,  
aunque más lo procuraba.

¡Mucho esfuerzo ha menester  
quien, con traidora conciencia,  
no se alborota en presencia  
de aquel que quiere ofender!

LUGO: Y más si la ofensa es hecha  
de la mujer al marido.

DAMA: El nublado ya se ha ido;  
hazme agora satisfecha,  
contándome qué querías  
a mi esclavo y mi señor.

LUGO: Hanme hecho corredor  
de no sé qué mercancías.  
Díjeme, si las quería,  
que fuésemos luego a vellas.

DAMA: ¿De qué calidad son ellas?

LUGO: De la mayor cuantía;  
que le importa, estoy pensando,  
comprallas, honor y hacienda.

DAMA: ¿Cómo haré yo que él entienda  
esa importancia?

LUGO: Callando.  
Calla y vete, y así harás  
muy segura su ganancia.

DAMA: ¿Pues qué traza de importancia  
en lo de gozarnos das?

LUGO: Ninguna que sea de gusto;  
por hoy, a lo menos.

DAMA: Pues,  
¿cuándo la darás, si es  
que gustas de lo que gusto?

LUGO: Yo haré por verme contigo.  
Vete en paz.

DAMA: Con ella queda,  
y el amor contigo pueda  
todo aquello que conmigo.

*[Vase la DAMA]*

LUGO: Como de rayo del cielo,

como en el mar de tormenta,  
como de improviso afrenta  
y terremoto del suelo;  
    como de fiera indignada,  
del vulgo insolente y libre,  
pediré a Dios que me libre  
de mujer determinada.

[Vase] Lugo. Sale el licenciado TELLO de Sandoval, amo de  
Cristóbal de Lugo, y el ALGUACIL que salió primero

TELLO:                           ¿Pasan de mocedades?  
ALGUACIL:                                 Es de modo  
que, si no se remedia, a buen seguro  
que ha de escandalizar [al] pueblo todo.  
    Como cristiano, a vuesa merced juro  
que piensa y hace tales travesuras,  
que nadie dél se tiene por seguro.

TELLO:                           ¿Es ladrón?  
ALGUACIL:                                 No, por cierto.  
TELLO:   ¿Quita a oscuras  
las capas en poblado?  
ALGUACIL:                                 No, tampoco.  
TELLO:                           ¿Qué hace, pues?  
ALGUACIL:                                 Otras cien mil diabluras.  
    Esto de valentón le vuelve loco:  
aquí riñe, allí hiere, allí se arroja,  
y es en el trato airado el rey y el coco;  
    con una daga que le sirve de hoja,  
y un broquel que pendiente tray al lado,  
sale con lo que quiere o se le antoja.  
    Es de toda la hampa respetado,  
  
averigua pendencias y las hace,  
estafa, y es señor de lo guisado;  
    entre rufos, él hace y él deshace,  
el corral de los Olmos le da parias,  
y en el dar cantaletas se complace.  
    Por tres heridas de personas varias,  
tres mandamientos traigo y no ejecuto,  
y otros dos tiene el alguacil Pedro Arias.  
    Muchas veces he estado resolutivo  
de aventurallo todo y de prendelle,  
o ya a la clara, o ya con modo astuto;  
    pero, viendo que da en favorecille  
tanto vuesa merced, aun no me atrevo  
a miralle, tocalle ni ofendelle.

TELLO:                           Esa deuda conozco que la debo.  
  
    Y la pagaré algún día,  
y procuraré que Lugo  
use de más cortesía,  
o le seré yo verdugo,  
por vida del alma mía.  
    Mas lo mejor es quitalle  
de aquesta tierra y llevalle  
a Méjico, donde voy,  
no obstante que puesto estoy  
en reñille y castigalle.  
    Vuesa merced en buen hora  
vaya, que yo le agradezco  
el aviso, y desde agora  
todo por suyo me ofrezco.

ALGUACIL:                           Ya adivino su mejora  
    sacándole de Sevilla,  
que es tierra do la semilla  
holgazana se levanta  
sobre cualquiera otra planta  
que por virtud maravilla.

[Vase] el ALGUACIL

TELLO:                    ¡Que aqueste mozo me engañe,  
y que tan a suelta rienda  
a mi honor y su alma dañe!  
Pues yo haré, si no se enmienda,  
que de mi favor se extrañe:  
                              que, viéndose sin ayuda,  
será posible que acuda  
a la enmienda de su error;  
que a la sombra del favor  
crecen los vicios, sin duda.

[Vase] TELLO. Salen dos MÚSICOS con gui tarras, y  
Cristóbal [de LUGO] con su broquel y daga de ganchos

LUGO:                    Toquen, que ésta es la casa, y al seguro  
que presto llegue el bramo a los oídos  
de la ninfa, que he dicho, jerezana,  
cuya vida y milagros en mi lengua  
viene cifrada en verso correntío.

MÚSICO 1:                A la jácara toquen, pues comienzo.  
¿Quieres que le rompamos las ventanas  
antes de comenzar, porque esté atenta?

LUGO:                    Acabada la música, andaremos  
aquestas estaciones. Vaya agora  
el guitarresco son, y el aquelindo.

*Tocan*

MÚSICOS:                "Escucha, la que veniste  
de la jerezana tierra  
a hacer a Sevilla guerra  
en cueros, como valiente;  
la que llama su pariente  
al gran Miramolin;  
la que se precia de ruin,  
como otras de generosas;  
la que tiene cuatro cosas,  
y aun cuatro mil, que son malas;  
la que pasea sin alas  
los aires en noche oscura;  
la que tiene a gran ventura  
ser amiga de un lacayo;  
la que tiene un papagayo  
que siempre la llama puta;  
la que en vieja y en astuta  
da qui nao a Celestina;  
la que, como golondrina,  
muda tierras y sazones;  
la que a pares, y aun a nones,  
ha ganado lo que tiene;  
la que no se desaviene  
por poco que se le dé;  
la que su palabra y fe  
que di ese jamás guardó;  
la que en darse a sí excedió  
a las godeñas más francas;  
la que echa por cinco blancas  
las habas y el cedacillo."

Asómase a la ventana un [SASTRE] medio desnudo, con un  
pañó de tocar y un candil

[SASTRE]:                ¿Están en sí, señores? ¿No dan cata  
que no los oye nadie en esta casa?

MÚSICO 1: ¿Cómo así, tajamoco?  
[SASTRE]: Porque el dueño  
ha que está ya a la sombra cuatro días.  
MÚSICO 2: Convaleciente, di: ¿cómo, a la sombra?  
[SASTRE]: En la cárcel; ¿no entrevan?  
LUGO: ¿En la cárcel?  
[SASTRE]: Pues, ¿por qué la llevaron?  
Por amiga  
de aquel Pierres Papín, el de los naipes.  
MÚSICO 1: ¿Aquel francés giboso?  
[SASTRE]: Aquese mismo,  
que en la cal de la Sierpe tiene tienda.  
LUGO: ¡Éntrate, bodegón almidonado!  
MÚSICO 2: ¡Zabúllete, fantasma antojadiza!  
MÚSICO 1: ¡Escóndete, podenco cuartanario!  
[SASTRE]: Éntrome, ladroncitos en cuadrilla;  
zabúllome, cernícalos rateros;  
escóndome, corchetes a lo Caco.  
LUGO: ¡Vive Dios, que es de humor el hideputa!  
[SASTRE]: No tire nadie; estén las manos quedas,  
y anden las lenguas.  
MÚSICO 1: ¿Quién te tira, sucio?  
[SASTRE]: ¿Hay más? ¡Si no me abajo, cuál me paran!  
¡Mancebitos, adiós!; que no soy pera,  
que me han de derribar a terronazos.

[Vase

LUGO: ¿Han visto los melindres del bellaco?  
No le tiran, y quéjase.  
MÚSICO 2: Éste es un sastre  
remendón muy donoso.  
MÚSICO 1: ¿Qué haremos?  
LUGO: Vamos a dar asalto al pastelero  
que está aquí cerca.  
MÚSICO 2: Vamos, que ya es hora  
que esté haciendo pasteles; que este ciego  
que viene aquí nos da a entender cuán cerca

[Sal e] un CIEGO

viene ya el día.  
CIEGO: No he madrugado mucho,  
pues que ya suena gente por la calle.  
Hoy quiero comenzar por este sastre.  
LUGO: ¡Hola, ciego, buen hombre!  
CIEGO: ¿Quién me llama?  
LUGO: Tomad aqueste real, y diez y siete  
oraciones decid, una tras otra,  
por las almas que están en purgatorio.  
CIEGO: Que me place, señor, y haré mis fuerzas  
por decirlas devota y claramente.  
LUGO: No me las engulláis, ni me echéis sisa  
en ellas.  
CIEGO: No, señor; ni por semejas.  
A las Gradass me voy, y allí, sentado,  
las diré poco a poco.  
LUGO: ¡Dios os guíe!

Vase el CIEGO

MÚSICO 1: ¿Quédate para vino, Lugo amigo?  
LUGO: Ni aun un solo cornado.  
MÚSICO 2: ¡Vive Roque,  
que tienes condición extraordinaria!  
Muchas veces te he visto dar limosna  
al tiempo que la lengua se nos pega  
al paladar, y sin dejar siquiera  
para comprar un polvo de Cazalla.

LUGO: Las ánimas me llevan cuanto tengo;  
mas yo tengo esperanza que algún día  
lo tienen de volver ciento por uno.  
MÚSICO 2: ¡A la larga lo tomas!  
LUGO: Y a lo corto;  
que al bien hacer jamás le falta premio.

*Suena dentro como que hacen pasteles, y canta un [PASTELERO] dentro  
lo siguiente*

[PASTELERO]: "¡Afuera, consejos vanos,  
que despertáis mi dolor!  
No me toquen vuestras manos;  
que, en los consejos de amor,  
los que matan son los sanos."

MÚSICO 1: ¡Hola! Cantando está el pastelero,  
y, por lo menos, los "consejos vanos".  
¿Tienes pasteles, cangilón con tetas?  
PASTELERO: ¡Músico de mohatra sincopado!  
LUGO: Pastelero de riego, ¿no respondes?  
PASTELERO: Pasteles tengo, mancebitos hamos;  
mas no son para ellos, corchapines.  
LUGO: ¡Abre, socarra, y danos de tu obra!  
PASTELERO: ¡No quiero, socarrones! ¡A otra puerta,  
que no se abre aquésta por agora!  
LUGO: ¡Por Dios, que a puntapiés la haga leña  
si acaso no nos abres, buenos vinos!  
PASTELERO: ¡Por Dios, que no he de abrir, malos vinagres!  
LUGO: "¡Agora lo veredes!", dijo Agrajes.  
MÚSICO 1: ¡Paso, no la derribes! ¡Lugo, tente!

*Da de coces a la puerta; sale el PASTELERO y sus secuaces con palas y  
barrederos y asadores*

PASTELERO: ¡Bellacos, no hay aquí Agrajes que valgan;  
que, si tocan historias, tocaremos  
palas y chuzos!  
MÚSICO 2: ¡Enciértrate, capacho!  
LUGO: ¿Quieres que te derribe aquesas muelas,  
remero de Carón el chamuscado?  
PASTELERO: ¡Cuerpo de mí! ¿Es Cristóbal el de Tello?  
MÚSICO 1: Él es. ¿Por qué lo dices, zangomango?  
PASTELERO: Dígolo porque yo le soy amigo  
y muy su servidor, y para cuatro  
o para seis pasteles no tenía  
para qué romper puertas ni ventanas,  
ni darme cantaletas ni matracas.  
Entre Cristóbal, sus amigos entren,  
y allánese la tienda por el suelo.  
LUGO: ¡Vive Dios, que eres príncipe entre príncipes,  
y que esa sumisión te ha de hacer franco  
de todo mi rigor y mal talante!  
Enváinense la pala y barrederas,  
y amigos *usque ad mortem*.  
PASTELERO: Por San Pito,  
que han de entrar todos, y la buena estrena  
han de hacer a la hornada, que ya sale;  
y más, que tengo de Alanís un cuero  
que se viene a las barbas y a los ojos.  
MÚSICO 1: De miedo hace todo cuanto hace  
aqueste marión.  
LUGO: No importa nada.  
Asgamos la ocasión por el harapo,  
por el hopo o copete, como dicen,  
ora la ofrezca el miedo o cortesía.  
El señor pastelero es cortesísimo,  
y yo le soy amigo verdadero,  
y hacer su gusto por mi gusto quiero.

[Vanse] todos. Sale ANTONIA, con su manto no muy aderezada si no honesta

ANTONIA: Si ahora yo le hallase  
en su aposento, no habría  
cosa de que más gustase;  
quizá a solas le diría  
alguna que le ablandase.  
Atrevimiento es el mío:  
pero dame esfuerzo y brío  
estos celos y este amor,  
que rinden con su rigor  
al más esento albedrío.  
Ésta es la casa, y la puerta,  
como pide mi deseo,  
parece que está entreabierta;  
mas, ¡ay!, que a sus quicios veo  
yacer mi esperanza muerta.  
Apenas puedo moverme;  
pero, en fin, he de atreverme,  
aunque tan cobarde estoy,  
porque en el punto de hoy  
está el ganarme o perderme.

Sale el inquisidor TELLO de Sandoval, con ropa de levantar,  
rezando en unas Horas

TELLO: *Deus in adiutorium meum intende,  
Domine, ad adiuvandum me festina.  
Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto,  
Sicut erat [in principio...]*

¿Quién está ahí? ¿Qué ruido  
es ése? ¿Quién está ahí?  
Antonia ¡Ay desdichada de mí!  
¿Qué es lo que me ha sucedido?

TELLO: Pues, señora, ¿qué buscáis  
tan de mañana en mi casa?  
Éste de madrugar pasa.  
No os turbéis. ¿De qué os turbáis?

ANTONIA: ¡Señor!

TELLO: Adelante. ¿Qué es?  
Proseguid vuestra razón.

ANTONIA: Nunca la errada intención  
supo enderezar los pies.

A Lugo vengo a buscar.

TELLO: ¿Mi criado?

ANTONIA: Sí, señor.

TELLO: ¿Tan de mañana?

ANTONIA: El amor  
tal vez hace madrugar.

TELLO: ¿Bien le queréis?

ANTONIA: No lo niego;  
mas quiérole en parte buena.

TELLO: El madrugar os condena.

ANTONIA: Siempre es solícito el fuego.

TELLO: En otra parte buscad  
materia que le apliquéis,  
que en mi casa no hallaréi[s]  
sino toda honestidad;

y si el mozo da ocasión  
que le busquéis, yo haré  
que desde hoy más no os la dé.

ANTONIA: Enójase sin razón  
vuesa merced; que, en mi alma,  
que el mancebo es de manera,  
que puede llevar do quiera  
entre mil honestos palma.



hago por mi pasatiempo,  
demás que rezo algún tiempo  
los psalmos penitenciales;  
y, aunque peco de ordinario,  
pienso, y ello será así,  
dar buena cuenta de mí  
por las de aqueste rosario.

TELLO: Dime, simple: ¿y tú no ves  
que desas tu plata y cobre,  
es dar en limosna al pobre  
del puerco hurtado los pies?  
Haces a Dios mil ofensas,  
como dices, de ordinario,  
¿y con rezar un rosario,  
sin más, ir al cielo piensas?  
Entra por un libro allí,  
que está sobre aquella mesa.  
Dime: ¿qué manera es ésa  
de andar, que jamás la vi?  
¿Hacia atrás? ¿Eres cangrejo?  
Vuélvete. ¿Qué novedad  
es ésa?

LUGO: Es curiosidad  
y cortesano consejo  
que no vuelva el buen criado  
las espaldas al señor.

TELLO: Crianza de tal tenor,  
en ninguno la he notado.  
Vuelve, digo.

LUGO: Ya me vuelvo:  
que por esto el paso atrás  
daba.

TELLO: En que eres Satanás  
desde agora me resuelvo.  
¿Armado en casa? ¿Por suerte  
tienes en ella enemigos?  
Sí tendrás, cual son testigos  
los ministros de la muerte  
que penden de tu pretina,  
y en ellos has confirmado  
que el mozo descaminado,  
como tú, hacia atrás camina.  
¡Bien iré a la Nueva España  
cargado de ti, malino;  
bien a hacer este camino  
tu ingenio y virtud se amaña!  
Si, en lugar de libros, llevas  
estas joyas que veo aquí,  
por cierto que das de ti  
grandes e ingeniosas pruebas.  
¡Bien responde la esperanza  
en que engañado he vivido  
al cuidado que he tenido  
de tu estudio y tu crianza!  
¡Bien me pagas, bien procuras  
que tu humilde nacimiento  
en ti cobre nuevo asiento,  
menos bríos y venturas!  
En balde será avisarte,  
por ejemplos que te den,  
que nunca se avienen bien  
Aristóteles y Marte,  
y que está en los aranceles  
de la discreción mejor  
que no guardan un tenor  
las sùmulas y broqueles.  
Espera, que quiero darte  
un testigo de quién eres,  
si es que hacen las mujeres  
alguna fe en esta parte.  
Salid, señora, y hablad



a vuestro duro diamante,  
honesto, pero matante,  
valiente, pero rufián.

*Sal e ANTONIA*

LUGO: Demonio, ¿quién te ha traído  
aquí? ¿Por qué me persigues,  
si ningún fruto consigues  
de tu intento malnacido?

*[Sal e] LAGARTIJA, asustado*

TELLO: Mancebo, ¿qué buscáis vos?  
¡Con sobresalto venís!

LAGARTIJA: ¿Qué respondéis? ¿Qué decís?  
Digo que me valga Dios;

TELLO: digo que al so Lugo busco.  
Veisle ahí: dadle el recado.

LAGARTIJA: De cansado y de turbado,  
en las palabras me ofusco.

LUGO: Sosiégate, Lagartija,  
y dime lo que me quieres.

LAGARTIJA: Considerando quién eres,  
mi alma se regocija  
y espera de tu valor  
que saldrás con cualquier cosa.

LUGO: Bien; ¿qué hay?

LAGARTIJA: ¡A Carrascosa  
le llevan preso, señor!

LUGO: ¿Al padre?

LAGARTIJA: Al mismo.

LUGO: ¿Por dónde  
le llevan? ¡Dímelo, acaba!

LAGARTIJA: Poquito habrá que llegaba  
junto a la puerta del conde  
del Castellar.

LUGO: ¿Quién le lleva,  
y por qué, si lo has sabido?

LAGARTIJA: Por pendencia, a lo que he oído;  
y el alguacil Villanueva,  
con dos corchetes, en peso  
le llevan, como a un ladrón.  
¡Quebrárate el corazón  
si le vieras!

LUGO: ¡Bueno es eso!

Camina y guía, y espera  
buen suceso deste caso,  
si los alcanza mi paso.

LAGARTIJA: ¡Muera Villanueva!

LUGO: ¡Muera!

*Va[n]se LAGARTIJA y LUGO, al borotados*

TELLO: ¿Qué padre es éste? ¿Por dicha,  
llevan a algún fraile preso?

ANTONIA: No, señor, no es nada deso:  
que éste es padre de desdicha,  
puesto que en su oficio gana  
más que dos padres, y aun tres.

TELLO: Decidme de qué Orden es.

ANTONIA: De los de la casa llana.

Es alcaide, con perdón,  
señor, de la mancebía,  
a quien llaman padre hoy día  
las de nuestra profesión;  
su tenencia es casa llana,  
porque se allanan en ella

TELLO:                    cuantas viven dentro della.  
Bien el nombre se profana  
                          en eso de alcaide y padre,  
nombres honrados y buenos.  
ANTONIA:                Quien vive en ella, a lo menos,  
no estará sin padre y madre  
                          jamás.  
TELLO:                    Ahora bien: señora,  
id con Dios, que a este mancebo  
yo os le pondré como nuevo.  
ANTONIA:                Tras él voy.  
TELLO:                    Id en buen hora.

*[Vanse TELLO y ANTONIA, cada uno por su puerta]. Sale el ALGUACIL que  
suele, con dos CORCHETES, que traen preso a Carrascosa,  
PADRE de la mancebía*

PADRE:                    Soy de los Carrascosas de Antequera,  
y tengo oficio honrado en la república,  
y háseme de tratar de otra manera.  
                          Solíanme hablar a mí por súplica,  
y es mal hecho y mal caso que se atreva  
hacerme un alguacil afrenta pública.  
                          Si a un personaje como yo se lleva  
de aqueste modo, ¿qué hará a un mal hombre?  
Por Dios, que anda muy mal, sor Villanueva;  
                          mire que da ocasión a que se asombre  
el que viere tratarme desta suerte.  
ALGUACIL:                Calle, y la calle con más prisa escombre,  
porque le irá mejor, si en ello advierte.

*[Sale] a este instante LUGO, puesta la mano en la daga y el broquel;  
viene con él LAGARTIJA y LOBILLO*

LUGO:                    Todo viviente se tenga,  
y suelten a Carrascosa  
para que conmigo venga,  
y no se haga otra cosa,  
aunque a su oficio convenga.  
                          Ea, señor Villanueva,  
dé de contentarme prueba,  
como otras veces lo hace.  
ALGUACIL:                Señor Lugo, que me place.  
CORCHETE [1]:        ¡Juro a mí que se le lleva!  
LUGO:                    Padre Carrascosa, vaya  
y éntrese en San Salvador,  
y a su temor ponga raya.  
LAGARTIJA:             Este Cid Campeador  
mil años viva y bien haya.  
ALGUACIL:             Cristóbal, eche de ver  
que no me quiero perder  
y que le sirvo.  
LUGO:                    Está bien;  
yo lo miraré muy bien  
cuando fuere menester.  
ALGUACIL:             ¡Agradézcalo al padrino,  
señor padre!  
LOBILLO:                No haya más,  
y siga en paz su camino.  
CORCHETE [1]:        ¿Este mozo es Barrabás,  
o es Orlando el Paladino?  
                          ¡No hay hacer baza con él!

*[Vanse] el ALGUACIL y los  
CORCHETES*

PADRE:                    Nuevo español bravonel,  
con tus bravatas bizarras

me has librado de las garras  
de aquel tacaño Luzbel.  
Yo me voy a retraer,  
por sí o por no. ¡Queda en paz,  
honor de la hampa y ser!  
LUGO: Dices bien, y aqueso haz,  
que yo después te iré a ver.

LOBILLO: ¡Bien se ha negociado!  
Bien;  
sin sangre, sin hierro o fuego.  
LUGO: De cólera venía ciego,  
y enfadado.  
LOBILLO: Y yo también.  
Vamos a cortarla aquí  
con un polvo de lo caro.  
LUGO: En otras cosas reparo  
que me importan más a mí.

Ir quiero agora a jugar  
con Gilberto, un estudiante  
que siempre ha sido mi azar,  
hombre que ha de ser bastante  
a hacerme desesperar.  
Cuanto tengo me ha ganado;  
solamente me han quedado  
unas sùmulas, y a fe  
que, si las pierdo, que sé  
cómo esquitarme al doblado.  
LOBILLO: Yo te daré una baraja

hecha, con que le despojes  
sin que le dejes alhaja.  
LUGO: ¡Largo medio es el que escoges!  
Otro sé por do se ataja.  
Juro a Dios omnipotente  
que, si las pierdo al presente,  
me he de hacer salteador.  
LOBILLO: ¡Resolución de valor  
y traza de hombre prudente!

Si pierdes, ¡ojalá pierdas!,  
yo mostraré en tu ejercicio  
que estas manos no son lerdas.  
LAGARTIJA: Siempre fue usado este oficio  
de personas que son cuerdas,  
industriosas y valientes,  
por los casos diferentes  
que se ofrecen de continuo.

LOBILLO: De seguirte determino.  
LAGARTIJA: Por tuyo es bien que me cuentes.  
Ya ves que mi voluntad  
es de alquimia, que se aplica  
al bien como a la maldad.  
LUGO: Esa verdad testifica  
tu fácil habilidad.  
No te dejaré jamás;  
y adiós.

LOBILLO: Lugo, ¿qué, te vas?  
LUGO: Luego seré con vosotros.  
LAGARTIJA: Pues, ¡sus!, vámonos nosotros  
a la ermita del Compás.

*[Vanse] todos, y sale PERALTA, estudi ante, y  
ANTONIA*

ANTONIA: Si ha de ser hallarle acaso,  
mis desdichas son mayores.  
PERALTA: ¿Son celos, o son amores  
los que aquí os guían el paso,  
señora Antonia?  
ANTONIA: No sé,

PERALTA: si no es rabia, lo que sea.  
Por cierto, muy mal se emplea  
en tal sujeto tal fe.

ANTONIA: No hay parte tan escondida,  
do no se sepa mi historia.

PERALTA: Hácela a todos notoria  
el veros andar perdida  
buscando siempre a este hombre.

ANTONIA: ¿Hombre? Si él lo fuera, fuera  
descanso mi angustia fiera.  
Mas no tiene más del nombre;  
conmigo, a lo menos.

PERALTA: ¿Cómo?

ANTONIA: Esto, sin duda, es así;  
que Amor le hirió para mí  
con las saetas de plomo.  
No hay yelo que se le iguale.

PERALTA: Pues, ¿por qué le queréis tanto?

ANTONIA: Porque me alegro y me espanto  
de lo que con hombres vale.  
¿Hay más que ver que le dan  
parias los más arrogantes,  
de la heria los matantes,  
los bravos de San Román?  
¿Y hay más que vivir segura,  
la que fuere su respeto,  
de verse en ningún aprieto  
de los de nuestra soltura?  
Quien tiene nombre de suya,  
vive alegre y respetada;  
a razón enamorada,  
no hay ninguna que la arguya.

*Vase ANTONIA*

PERALTA: Estas señoras del trato  
precian más, en conclusión,  
un socarra valentón  
que un Medoro gallinato.  
En efecto, gran lición  
es la desta moza loca.  
Ya la campanilla toca;  
entrémonos a lición.

*[Vase] PERALTA, y sal en GILBERTO, estudi ante, y  
LUGO*

GILBERTO: Ya irás contento, y ya puedes  
dejar de gruñir un rato,  
y ya puedes dar barato  
tal, que parezcan mercedes.  
Más me has ganado este día,  
que yo en ciento te he ganado.

LUGO: Así es verdad.

GILBERTO: Que buen grado  
le venga a mi cortesía.  
¿Yo tus sùmulas? ¡Estaba  
loco, sin duda ninguna!  
LUGO: Sucesos son de fortuna.  
GILBERTO: Ya yo los adivinaba;  
porque al tahúr no le dura  
mucho tiempo el alegría,  
y el que de naipes se fía,  
tiene al quitar la ventura.  
Hoy de cualquiera quistiòn  
has de salir vitorioso;  
y adiós, señor ganancioso,  
que yo me vuelvo a lición.



Yo hice voto, si hoy perdía,  
de irme a ser salteador:  
claro y manifiesto error  
de una ciega fantasía.

Locura y atrevimiento  
fue el peor que se pensó,  
puesto que nunca obligó  
mal voto a su cumplimiento.

Pero, ¿dejaré por esto  
de haber hecho una maldad,  
adonde mi voluntad  
echó de codicia el resto?

No, por cierto. Mas, pues sé  
que contrario con contrario  
se cura muy de ordinario,  
contrario voto haré,

y así, le hago de ser  
religioso. Ea, Señor;  
veis aquí a este salteador  
de contrario parecer.

Virgen, que Madre de Dios  
fuiste por los pecadores,  
ya os llaman salteadores;  
oíddlos, Señora, vos.

Ángel de mi guarda, ahora  
es menester que acudáis,  
y el temor fortalezcáis  
que en mi alma amarga mora.

Ánimas de purgatorio,  
de quien continua memoria  
he tenido, séaos notoria  
mi angustia, y mi mal notorio;

y, pues que la caridad  
entre esas llamas no os deja,  
pedid a Dios que su oreja  
preste a mi necesidad.

Psalmos de David benditos,  
cuyos misterios son tantos  
que sobreceden a cuantos  
renglones tenéis escritos,

vuestros conceptos me animen,  
que he advertido veces tantas,  
a que yo ponga mis plantas  
donde al alma no lastimen:

no en los montes salteando  
con mal cristiano decoro,  
sino en los claustros y el coro  
desnudas, y yo rezando.

¡Ea, demonios: por mil modos  
a todos os desafío,  
y en mi Dios bueno confío  
que os he de vencer a todos!

*[Vase], y suenan a este instante las chirimías; descúbrese una gloria o,  
por lo menos, un ÁNGEL, que, en cesando la música, diga*

[ÁNGEL]:

Cuando un pecador se vuelve  
a Dios con humilde celo,  
se hacen fiestas en el cielo.  
.....[ - elve].

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## SEGUNDA JORNADA

---

*Sal en dos figuras de ninfas vestidas bizarramente, cada una con su tarjeta en el brazo: en la una viene escrito CURIOSIDAD; en la otra, COMEDIA*

CURIOSIDAD: Comedia.  
COMEDIA: Curiosidad,  
¿qué me quieres?  
CURIOSIDAD: Informarme  
qué es la causa por que dejas  
de usar tus antiguos trajes,  
del coturno en las tragedias,  
del zueco en las manuales  
comedias, y de la toga  
en las que son principales;  
cómo has reducido a tres  
los cinco actos que sabes  
que un tiempo te componían  
ilustre, risueña y grave;  
ahora aquí representas,  
y al mismo momento en Flandes;  
truecas sin discurso alguno  
tiempos, teatros, lugares.  
Véote, y no te conozco;  
dame de ti nuevas tales  
que te vuelva a conocer,  
pues que soy tu amigo grande.  
COMEDIA: Los tiempos mudan las cosas  
y perfeccionan las artes,  
y añadir a lo inventado  
no es dificultad notable.  
Buena fui pasados tiempos,  
y en éstos, si los mirares,  
no soy mala, aunque desdigo  
de aquellos preceptos graves  
que me dieron y dejaron  
en sus obras admirables  
Séneca, Terencio y Plauto,  
y otros griegos que tú sabes.  
He dejado parte dellos,  
y he también guardado parte,  
porque lo quiere así el uso,  
que no se sujeta al arte.  
Ya represento mil cosas,  
no en relación, como de antes,  
sino en hecho; y así, es fuerza  
que haya de mudar lugares;  
que, como acontecen ellas  
en muy diferentes partes,  
voime allí donde acontecen,  
disculpa del disparate.  
Ya la comedia es un mapa,  
donde no un dedo distante  
verás a Londres y a Roma,  
a Valladolid y a Gante.  
Muy poco importa al oyente  
que yo en un punto me pase  
desde Alemania a Guinea  
sin del teatro mudarme;  
el pensamiento es ligero:  
bien pueden acompañarme  
con él doquiera que fuere,  
sin perderme ni cansarse.

Yo estaba ahora en Sevilla,  
representando con arte  
la vida de un joven loco,  
apasionado de Marte,  
rufián en manos y lengua,  
pero no que se enfrascase  
en admitir de perdidas  
el trato y ganancia infame.  
Fue estudiante y rezador  
de psalmos penitenciales,  
y el rosario ningún día  
se le pasó sin rezalle.  
Su conversión fue en Toledo,  
y no será bien te enfade  
que, contando la verdad,  
en Sevilla se relate.  
En Toledo se hizo clérigo,  
y aquí, en Méjico, fue fraile,  
adonde el discurso ahora  
nos trujo aquí por el aire.  
El sobrenombre de Lugo  
mudó en Cruz, y es bien se llame  
fray Cristóbal de la Cruz  
desde este punto adelante.  
A Méjico y a Sevilla  
he juntado en un instante,  
surciendo con la primera  
ésta y la tercera parte:  
una de su vida libre,  
otra de su vida grave,  
otra de su santa muerte  
y de sus milagros grandes.  
Mal pudiera yo traer,  
a estar atendida al arte,  
tanto oyente por las ventas  
y por tanto mar sin naves.  
Da lugar, Curiosidad,  
que el bendito fraile sale  
con fray Antonio, un corista  
bueno, pero con donaires.  
Fue en el siglo Lagartija,  
y en la religión es sacre,  
de cuyo vuelo se espera  
que ha de dar al cielo alcance.  
Aunque no lo quedo en todo,  
quedo satisfecho en parte,  
amiga; por esto quiero,  
sin replicarte, escucharte.

[CURIOSIDAD]:

*[Vanse]. Sale[n] fray Cristóbal de la CRUZ [LUGO], en hábito de Santo Domingo, y Fray ANTONIO [LAGARTIJA] también*

ANTONIO: Sepa su paternidad...  
CRUZ: Entone más bajo el punto  
de cortesía.  
ANTONIO: En verdad,  
padre mío, que barrunto  
que tiene su caridad  
de bronce el cuerpo, y de suerte,  
que tarde ha de hallar la muerte  
entrada para acaballe,  
según da en ejercitalle  
en rigor áspero y fuerte.  
CRUZ: Es bestia la carne nuestra,  
y, si rienda se le da,  
tan desbocada se muestra,  
que nadie la volverá  
de la siniestra a la diestra.  
Obra por nuestros sentidos  
nuestra alma: así están tapidos



y no sutiles; es fuerza  
que a la carrera se tuerza  
por donde van los perdidos.

La lujuria está en el vino,  
y a la crápula y regalo  
todo vicio le es vecino.

ANTONIO: Yo, en ayunando, estoy malo,  
flojo, indevoto y mohíno.

De un otro talle y manera  
me hallaba yo cuando era  
en Sevilla tu mandil;  
que hacen ingenio sutil  
las blancas roscas de Utrera.

¡Oh uvas albarazadas,  
que en el pago de Triana  
por la noche sois cortadas,  
y os halláis a la mañana  
tan frescas y aljofaradas,  
que no hay cosa más hermosa,  
ni fruta que a la golosa  
voluntad así despierte!

¡No espero verme en la suerte  
que ya se pasó dichosa!

CRUZ: Ciertamente, fray Antonio amigo,  
que esa consideración  
es lazo que el enemigo  
le pone a su perdición.  
Esté atento a lo que digo.

ANTONIO: Consideraba yo agora  
dónde estará la señora  
Librija, o la Salmerona,  
cada cual, por su persona,  
buena para pecadora.

¡Quién supiera de Ganchoso,  
del Lobillo y de Terciado,  
y del Patojo famoso!

¡Oh feliz siglo dorado,  
tiempo alegre y venturoso,  
adonde la libertad  
brindaba a la voluntad  
del gusto más esquisito!

CRUZ: ¡Calle; de Dios sea bendito!  
ANTONIO: Calle su paternidad

y déjeme, que con esto  
evacuo un pésimo humor  
que me es amargo y molesto.

CRUZ: Ciertamente que tengo temor,  
por verle tan descompuesto,  
que ha de apostatar un día,  
que para los dos sería  
noche de luto cubierta.

ANTONIO: No saldrá por esa puerta  
jamás mi melencolía;  
no me he de estender a más  
que a quejarme y a sentir  
el ausencia del Compás.

CRUZ: ¡Que tal te dejas decir,  
fray Antonio! Loco estás;  
que en el juicio empeora  
quien tal acuerdo atesora  
en su memoria vilmente.

ANTONIO: Rufián corriente y moliente  
fuera yo en Sevilla agora,  
y tuviera en la dehesa  
dos yeguas, y aun quizá tres,  
diestras en el arte aviesa.

CRUZ: De que en esas cosas des,  
sabe Dios lo que me pesa;  
mas yo haré la penitencia  
de tu rasgada conciencia.  
Quédate, Antonio, y advierte

que de la vida a la muerte  
hay muy poca diferencia:  
quien vive bien, muere bien,  
quien mal vive, muere mal.  
ANTONIO: Digo, padre, que está bien;  
pero no has de hacer caudal  
de mí, ni enfado te den  
mis palabras, que no son  
nacidas del corazón,  
que en sola la lengua yacen.  
CRUZ: Dan las palabras y hacen  
fe de cuál es la intención.

*[Sale] un corista llamado fray ÁNGEL*

ÁNGEL: Padre maestro, el prior  
llama a vuestra reverencia,  
y espera en el corredor.

*Vase luego el padre CRUZ*

ANTONIO: Más presto es a la obediencia  
que el sol a dar resplandor.  
Padre fray Ángel, espere.  
ÁNGEL: Diga presto qué me quiere.

*Enséñale hasta una docena de nai pes*

ANTONIO: Mire.  
ÁNGEL: ¿Naipes? ¡Perdición!  
ANTONIO: No se admire, hipocritón,  
que el caso no lo requiere.  
ÁNGEL: ¿Quién te los dio, fray Antonio?  
ANTONIO: Una devota que tengo.  
ÁNGEL: ¿Devota? ¡Será el demonio!  
ANTONIO: Nunca con él bien me avengo;  
levántasle testimonio.  
ÁNGEL: ¿Están justos?  
ANTONIO: Pecadores  
creo que están los señores,  
pues, para cumplir cuarenta,  
entiendo faltan los treinta.  
ÁNGEL: Si fueran algo mejores,  
buscáramos un rincón  
donde podernos holgar.  
ANTONIO: Y halláramosle a sazón:  
que nunca suele faltar,  
para hacer mal, ocasión.  
¡Bien hayan los gariteros  
magníficos y groseros,  
que con un ánimo franco  
tienen patente el tabanco  
para blancos y fulleros!  
Vamos de aquí, que el prior  
viene allí con el señor  
que lo fue de nu[e]stro Cruz,  
gran caballero andaluz,  
letrado y visitador.

*[Vanse]. Salen el PRIOR y TELLO de Sandoval*

PRIOR: Él es un ángel en la tierra, cierto,  
y vive entre nosotros de manera,  
como en las soledades del desierto;  
no desmaya ni afloja en la carrera  
del cielo, adonde, por llegar más presto,  
corre desnudo y pobre, a la ligera;

humilde sobremodo, y tan honesto,  
que admira a quien le vee en edad florida  
tan recatado en todo y tan compuesto.

En efecto, señor, él hace vida  
de quien puede esperar muerte dichosa,  
y gloria que no pueda ser medida.

Su oración es continua y fervorosa;  
su ayuno, inimitable, y su obediencia,  
presta, sencilla, humilde y hacendosa.

Resucitado ha en la penitencia  
de los antiguos padres, que en Egipto,  
en ella acrisolaron la conciencia.

TELLO: Por millares de lenguas sea bendito  
el nombre de mi Dios; a este mancebo  
volvió de do pensé que iba precito.

Vuélvome a España, y en el alma llevo  
tan grande soledad de su persona,  
que quiero exagerarla, y no me atrevo.

PRIOR: Vuesa merced nos deja una corona  
que ha de honrar este reino mientras ciña  
el cerco azul el hijo de Latona.

Está entre aquestos bárbaros aún niña  
la fe cristiana, y faltan los obreros  
que cultiven aquí de Dios la viña,

y la leche mejor, y los aceros,  
que a entrambas les hará mayor provecho.  
Es ejemplo de [el]stos jornaleros,

que es menester que tenga sano el pecho  
el médico que cura a lo divino,  
para dejar al cielo satisfecho.

[Salen] el padre CRUZ y fray ANTONIO

Aquesta compostura de continuo  
trae nuestro padre Cruz, tan mansa y grave,  
que alegre y triste sigue su camino:  
que en él lo triste con lo alegre cabe.

CRUZ: *Deo gracias.*

PRIOR: Por siempre, amén,  
estas y todas naciones  
con viva fe se las den.

CRUZ: Suplícote me perdones,  
señor, si no he andado bien,  
faltando a la cortesía  
que a tu presencia debía.

TELLO: Padre fray Cristóbal mío,  
esto toca en desvarío,  
porque toca en demasía:  
yo soy el que he de postrarme  
a sus pies.

CRUZ: Por el oficio  
que tengo, puedo excusarme  
de haber dado poco indicio  
de cortés en no humillarme;  
y más a quien debo tanto,  
que, a poder decir el cuánto,  
fuera poco.

TELLO: Yo confieso  
que quedo deudor en eso.

PRIOR: Bien cuadra cortés y santo.

TELLO: A España parto mañana;  
si me manda alguna cosa,  
haréla de buena gana.

CRUZ: Tu jornada sea dichosa:  
viento en popa y la mar llana.

Yo, mis pobres oraciones  
a las celestes regiones  
enviaré por tu camino,  
puesto, señor, que imagino

que en recio tiempo te pones  
a navegar.

TELLO:                   La derrota  
está de fuerza que siga  
de la ya aprestada flota.  
CRUZ:                   Ni el huracán te persiga,  
ni toques en la derrota

                  Bermuda, ni en la Florida,  
de mil cuerpos homicida,  
adonde, contra natura,  
es el cuerpo sepultura  
viva del cuerpo sin vida.

                  A Cádiz, como deseas,  
llegues sano, y en San Lúcar  
desembarques tus preseas,  
y, en virtudes hecho un Fúcar,  
presto en Sevilla te veas,  
                  donde a mi padre dirás  
lo que quisieres, y harás  
por él lo que mereciere.

TELLO:                   Haré lo que me pidiere,  
y si es poco, haré yo más.  
                  Y ahora, por paga pido  
de aquella buena intención  
que en su crianza he tenido,  
padre, que su bendición  
me deje aquí enriquecido  
                  de esperanzas, con que pueda  
esperar que me suceda  
el viaje tan a cuento,  
que sople propicio el viento,  
y la fortuna esté queda.

CRUZ:                   La de Dios encierre en ésta  
tanta ventura, que sea  
la jornada alegre y presta,  
sin que en tormenta se vea  
ni en la calma que molesta.

ANTONIO:                Si viere allá a la persona...

TELLO:                   ¿De quién?

ANTONIO:                De la Salmerona,  
encájete un besapiés  
de mi parte, y dos o tres  
buces, a modo de mona.

PRIOR:                   Fray Antonio, ¿cómo es esto?  
¿Cómo delante de mí  
se muestra tan descompuesto?

ANTONIO:                Ocurrióseme esto aquí,  
y vase el señor tan presto,  
                  que temí que me faltara  
lugar do le encomendara  
estos y otros besamanos:  
que poder ser cortesanos  
los frailes es cosa clara.

PRIOR:                   ¡Calle, y a vernos después!

TELLO:                   Por cierto, que no merece  
castigo por ser cortés.

PRIOR:                   Cierta enfermedad padece  
en la lengua.

ANTONIO:                Ello así es;  
                  pero nunca hablo cosa  
que toque en escandalosa;  
que hablo a la vizcaína.

PRIOR:                   Yo hablaré a la disciplina,  
lengua breve y compendiosa.

TELLO:                   Déme su paternidad  
licencia, y a queste enojo  
no toque en riguridad.

ANTONIO:                Si conociera al Patojo,  
hiciérame caridad  
                  de saludalle también

de mi parte. Aunque me den  
diciplina porque calle,  
no puedo no encomendalle  
aquello que me está bien.

PRIOR: Vuesa merced vaya en paz,  
que a cólera no me mueve  
plática que da solaz,  
y éste, por mozo, se atreve,  
y él de suyo se es locuaz;  
y sean estos abrazos  
muestra de los santos lazos  
con que caridad nos liga.

*Abraza a los dos*

[TELLO]: Mi amor, padre Cruz, le obliga  
a que apriete más los brazos,  
y veisme que me enternezco.  
CRUZ: Dios te guíe, señor mío,  
que a su protección te ofrezco.  
TELLO: Que me dará yo confío,  
por vos, más bien que merezco.

*Vase TELLO*

PRIOR: Venga, fray Antonio, venga.  
CRUZ: Déjele que se detenga  
connigo, padre, aquí un poco.  
[PRIOR]: En buen hora; y, si está loco,  
haga cómo [s]eso tenga.

*Vase el PRIOR*

CRUZ: ¿Que es posible, fray Antonio,  
que ha de caer en tal mengua,  
que consienta que su lengua  
se la gobierne el demonio?

Cierto que pone mancilla  
ver que el demonio maldito  
le trae las ollas de Egipto  
en lo que dejó en Sevilla.

De las cosas ya pasadas,  
mal hechas, se ha de acordar,  
no para se deleitar,  
sino para ser lloradas;

de aquella gente perdida  
no debe acordarse más,  
ni del Compás, si hay compás  
do se vive sin medida.

Sólo dé gracias a Dios,  
que, por su santa clemencia,  
nos dio de la penitencia  
la estrecha tabla a los dos,  
para que, de la tormenta  
y naufragar casi cierto,  
de la religión el puerto  
tocásemos sin afrenta.

ANTONIO: Yo miraré lo que hablo  
de aquí adelante más cuerdo,  
pues conozco lo que pierdo,  
y sé lo que gana el diablo.

Ruégueme, padre, al prior  
que en su furia se mitigue,  
y no al peso me castigue  
de mi descuidado error.

CRUZ: Vamos, que yo le daré  
bastantísima disculpa  
de su yerro, y por su culpa

y las mías rezaré.

[*Vanse todos*]. Sale una dama llamada Doña ANA Treviño, un MÉDICO y dos CRIADOS. (*Todo esto es verdad de la historia*)

MÉDICO: Vuesa merced sepa cierto  
que aquesta su enfermedad  
es de muy ruin calidad;  
hablo en ella como experto.  
Mi oficio obliga a decillo,  
cause o no cause pasión:  
que entre razón y razón  
pondrá la Parca el cuchillo.  
Hablando se ha de quedar  
muerta; y aquesto le digo  
como médico y amigo  
que no la quiere engañar.

D. [ANA]: Pues a mí no me parece  
que estoy tan mala. ¿Qué es esto?  
¿Cómo me anuncia tan presto  
la muerte?

MÉDICO: El pulso me ofrece,  
los ojos y la color,  
esta verdad a la clara.

D. [ANA]: En los ojos de mi cara  
suele mirarse el Amor.

MÉDICO: Vuesa merced se confiese,  
y quédense aparte burlas.

CRIADO 1: Señor, si es que no te burlas,  
recio mandamiento es ése.

MÉDICO: No me suelo yo burlar  
en casos deste jaez.

D. [ANA]: Podrá su merced esta vez,  
si quisiere, perdonar,  
que ni quiero confesarme,  
ni hacer cosa que me diga.

MÉDICO: A más mi oficio me obliga,  
y adiós.

D. [ANA]: Él querrá ayudarme.

*Vase el MÉDICO*

CRIADO 2: Pesado médico y necio,  
siempre cansa y amohína.  
Crió Dios la medicina,  
y hase de tener en precio.

D. [ANA]: La medicina yo alabo,  
pero los médicos no,  
porque ninguno llegó  
con lo que es la ciencia al cabo.  
Algo fatigada estoy.

CRIADO 1: Procura desenfadarte,  
esparcerte y alegrarte.

D. [ANA]: Al campo pienso de ir hoy.  
Parece que están templando  
una guitarra allí fuera.

CRIADO 1: ¿Será Ambrosio?

D. [ANA]: Sea quienquiera;  
escuchad, que va cantando.

*Cantan dentro*

[MÚSICO]: "Muerte y vida me dan pena;  
no sé qué remedio escoja:  
que si la vida me enoja,  
tampoco la muerte es buena.  
Con todo, es mejor vivir:

que, en los casos desiguales,  
el mayor mal de los males  
se sabe que es el morir.

Calle el que canta, que atierra  
oír tratar de la muerte:  
que no hay tesoro de suerte  
en tal espacio de tierra.

La muerte y la mocedad  
hacen dura compañía,  
como la noche y el día,  
la salud y enfermedad;

y edad poca y mal dad mucha,  
y voz de muerte a deshora,  
¡ay del alma pecadora  
que impenitente la escucha!"

CRIADO 1:               No me contenta mi ama;  
nunca la he visto peor:  
fuego es ya, no es resplandor  
el que en su vista derrama.

*[Vanse] todos. Sale el padre fray ANTONIO*

ANTONIO:               Mientras el fraile no llega  
a ser sacerdote, pasa  
vida pobre, estrecha, escasa,  
de quien a veces reniega.

Tiene allá el predicador  
sus devotas y sus botas,  
y el presentado echa gotas  
y suda con el prior;

mas el novicio y corista  
en el coro y en la escoba  
sus apetitos adoba,  
diciendo con el Salmista:

*Et potum meum cum fletu miscebam.*

Pero bien será callar,  
pues sé que muchos convienen  
en que las paredes tienen  
oídos para escuchar.

La celda del padre Cruz  
está abierta, ciertamente;  
ver quiero este penitente,  
que está a oscuras y es de luz.

*Abre la celda; parece el padre CRUZ, arrobado, hincado de rodillas, con un  
crucifijo en la mano*

¡Mirad qué postura aquella  
del bravo rufián divino,  
y si hallará camino  
Satanás para rompella!

Arrobado está, y es cierto  
que, en tanto que él está así,  
los sentidos tiene en sí  
tan muertos como de un muerto.

*Suenan desde lejos guitarras y sonajas, y vocería de regocijo. (Todo esto  
desta máscara y visión fue verdad, que así lo cuenta la historia del  
santo)*

Pero, ¿qué música es ésta?  
¿Qué guitarras y sonajas,  
pues los frailes se hacen rajas?  
¿Mañana es alguna fiesta?

Aunque música a tal hora  
no es decente en el convento.  
Miedo de escuchalla siento;  
¡válgame Nuestra Señora!

*Suena más cerca*

¡Padre nuestro, despierte,  
que se hunde el mundo todo  
de música! No hallo modo  
bueno alguno con que acierte.

La música no es divina  
porque, según voy notando,  
al modo vienen cantando  
rufo y de jacarandina.

*[Salen] a este instante seis con sus máscaras, vestidos como ni nfas, lascivamente, y los que han de cantar y tañer, con máscaras de demonios vestidos a lo antiguo, y hacen su danza. (Todo esto fue así, que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa). Cantan*

[MÚSICOS]:

*"No hay cosa que sea gustosa  
sin Venus blanda, amorosa.  
No hay comida que así agrade,  
ni que sea tan sabrosa,  
como la que guisa Venus,  
en todos gustos curiosa.  
Ella el verde amargo jugo  
de la amarga hiel sazona,  
y de los más tristes tiempos  
vuelve muy dulces las horas;  
quien con ella trata, ríe,  
y quien no la trata, llora.  
Pasa cual sombra en la vida,  
sin dejar de sí memoria,  
ni se eterniza en los hijos,  
y es como el árbol sin hojas,  
sin flor ni fruto, que el suelo  
con ninguna cosa adorna.  
Y por esto, en cuanto el sol  
ciñe y el ancho mar moja,  
no hay cosa que sea gustosa  
sin Venus blanda, amorosa."*

*El padre CRUZ, sin abrir los ojos, dice*

CRUZ:

No hay cosa que sea gustosa  
sin la dura cruz preciosa.  
Si por esta senda estrecha  
que la cruz señala y forma  
no pone el pie el que camina  
a la patria venturosa,  
cuando menos lo pensare,  
de improviso y a deshora,  
cairá de un despeñadero  
del abismo en las mazmorras.  
Torpeza y honestidad  
nunca las manos se toman,  
ni pueden caminar juntas  
por esta senda fragosa.  
Y yo [sé] que en todo el cielo,  
ni en la tierra, aunque espaciosa,  
no hay cosa que sea gustosa  
sin la dura cruz preciosa.

MÚSICOS:

*"¡Dulces días, dulces ratos  
los que en Sevilla se gozan;*



*y dulces comodidades  
de aquella ciudad famosa,  
do la libertad campea,  
y en sucinta y amorosa  
manera Venus camina  
y a todos se ofrece toda,  
y risueño el Amor canta  
con mil pasajes de gloria:  
No hay cosa que sea gustosa  
sin Venus blanda, amorosa."*  
CRUZ: *Vade retro!, Sa[ta]nás,  
que para mi gusto ahora  
no hay cosa que sea gustosa  
sin la dura cruz preciosa.*

*Vanse los demonios, gritando*

ANTONIO: *Hacerme quiero mil cruces;  
he visto lo que aún no creo.  
Afuera el temor, pues veo  
que viene gente con luces.*

CRUZ: *¿Qué hace aquí, fray Antonio?*

ANTONIO: *Estaba mirando atento  
una danza de quien siento  
que la guiaba el demonio.*

CRUZ: *Debía de estar durmiendo,  
y soñaba.*

ANTONIO: *No, a fe mía,  
padre Cruz, yo no dormía.*

*[Salen], a este punto, dos CIUDADANOS, con sus lanternas, y el  
PRIOR*

CIUDADANO 1: *Señor, como voy diciendo,  
pone gran lástima oílla:  
que no hay razón de provecho  
para enternecerle el pecho  
ni de su error divertilla;  
y, pues habemos venido  
a tal hora a este convento  
por remedio, es argumento  
que es el daño muy crecido.*

PRIOR: *Que diga que Dios no puede  
perdonalla, caso extraño;  
es ése el mayor engaño  
que al pecador le sucede.*

*Fray Cristóbal de la Cruz  
está en pie, quizá adivino  
que ha de hacer este camino,  
y en él dar a este alma luz.*

*Padre, su paternidad  
con estos señores vaya,  
y cuanto pueda la raya  
suba de su caridad,  
que anda muy listo el demonio  
con un alma pecadora.  
Vaya con el padre.*

ANTONIO: *¿Ahora?*

PRIOR: *No replique, fray Antonio.*

ANTONIO: *Vamos, que a mí se me alcanza  
poco o nada, o me imagino  
que he de ver en el camino  
la no fantástica danza  
de denantes.*

CRUZ: *Calle un poco,  
si puede.*

CIUDADANO 2: Señor, tardamos,  
y será bien que nos vamos.  
ANTONIO: Todos me tienen por loco  
en aqueste monesterio.  
CRUZ: No hable entre dientes; camine,  
y esas danzas no imagine,  
que carecen de misterio.  
PRIOR: Vaya con Dios, padre mío.  
CIUDADANO 1: Con él vamos muy contentos.  
CRUZ: ¡Favorezca mis intento[s]  
Dios, de quien siempre confío!

*Sale un CLÉRIGO y Doña ANA de Treviño, y  
acompañamiento*

CLÉRIGO: Si así la cama la cansa,  
puede salir a esta sala.  
D. [ANA]: Cualquiera parte halla mala  
la que en ninguna descansa.  
CLÉRIGO: Lleguen esas sillas.  
D. [ANA]: Cierto,  
que me tiene su porfía,  
padre, helada, yerta y fría,  
y que ella sola me ha muerto.  
No me canse ni se canse  
en persuadirme otra cosa,  
que no soy tan amorosa  
que con lágrimas me amanse.  
¡No hay misericordia alguna  
que me valga en suelo o cielo!  
CLÉRIGO: Toda la verdad del cielo  
a tu mentira repugna.  
En Dios no hay menoridad  
de poder, y, si la hubiera,  
su menor parte pudiera  
curar la mayor maldad.  
Es Dios un bien infinito,  
y, a respeto de quien es,  
cuanto imaginas y ves  
viene a ser punto finito.  
D. [ANA]: Los atributos de Dios  
son iguales; no os entiendo,  
ni de entenderos pretendo.  
Matáisme, y cansáisos vos.  
¡Bien fuera que Dios ahora,  
sin que en nada reparara,  
sin más ni más, perdonara  
a tan grande pecadora!  
No hace cosa mal hecha,  
y así, no ha de hacer aquésta.  
CLÉRIGO: ¿Hay locura como ésta?  
D. [ANA]: No gritéis, que no aprovecha.

*[Salen], a este instante, el padre CRUZ y fray ANTONIO, y pónese el padre a  
escuchar lo que está diciendo el CLÉRIGO, el cual prosigue  
diciendo*

CLÉRIGO: Pues nació para salvarme  
Dios, y en cruz murió enclavado,  
perdonará mi pecado,  
si está en menos perdonarme.  
De su parte has de esperar,  
que de la tuya no esperes,  
el gran perdón que no quieres,  
que él se estrema en perdonar.  
  
*Deus cui proprium est misereri  
semper, et parcere, et misericordia  
ei us super omnia opera eius.*

Y el rey, divino cantor,  
las alabanzas que escuchas,  
después que ha dicho otras muchas  
dice de aqueste tenor:

*Mi misericordias tuas, Domine,  
in aeternum cantabo.*

La mayor ofensa haces  
a Dios que puedes hacer:  
que, en no esperar y temer,  
parece que le deshaces,  
pues vas contra el atributo  
que él tiene de omnipotente,  
pecado el más insolente,  
más sin razón y más bruto.

En dos pecados se ha visto,  
que Judas quiso extremarse,  
y fue el mayor ahorcarse  
que el haber vendido a Cristo.

Hácesle agravio, señora,  
grande en no esperar en él,  
porque es paloma sin hiel  
con quien su pecado llora.

*Cor contritum et humiliatum,  
Deus, non despicies.*

El corazón humillado,  
Dios por jamás le desprecia;  
antes, en tanto le precia  
que es fee y caso averiguado  
que [se] regocija el cielo  
cuando con nueva conciencia  
se vuelve a hacer penitencia  
un pecador en el suelo.

El padre Cruz está aquí,  
buen suceso en todo espero.  
Prosiga, padre, que quiero  
estarle atento.

CRUZ:

D. [ANA]:

¡Ay de mí,  
que otro moledor acude  
a acrecentar mi tormento!  
¡Pues no ha de mudar mi intento,  
aunque más trabaje y sude!  
¿Qué me queréis, padre, vos,  
que tan hinchado os llegáis?  
¡Bien parece que ignoráis  
cómo para mí no hay Dios!  
No hay Dios, digo, y mi malicia  
hace, con mortal discordia,  
que esconda misericordia  
el rostro, y no la justicia.

CRUZ:

*Dixit insipiens in corde suo:  
non est Deus.*

Vuestra humildad, señor, sea  
servida de encomendarme  
a Dios, que quiero mostrarme  
sucesor en su pelea.

*Híncanse de rodillas el CLÉRIGO, fray ANTONIO y el padre CRUZ,  
y los circustantes todos*

¡Dichosa del cielo puerta,  
que levantó la caída  
y resucitó la vida  
de nuestra esperanza muerta!

¡Pide a tu parto dichoso  
que ablande aquí estas entrañas,  
y muestre aquí las hazañas  
de su corazón piadoso!

*Et docebo iniquos vias tuas,  
et impii ad te convertentur.*

Mi señora doña Ana de Treviño,  
estando ya tan cerca la partida  
del otro mundo, pobre es el aliño  
que veo en esta amarga despedida.  
Blancas las almas como blanco armiño  
han de entrar en la patria de la vida,  
que ha de durar por infinitos siglos,  
y negras donde habitan los vestiglos.  
Mirad dónde queréis vuestra alma vaya:  
escogedle la patria a vuestro gusto.  
D. [ANA]: La justicia de Dios me tiene a raya:  
no me ha de perdonar, por ser tan justo;  
al malo la justicia le desmaya;  
no habita la esperanza en el injusto  
pecho del pecador, ni es bien que habite.  
CRUZ: Tal error de tu pecho Dios le quite.

En la hora que la muerte  
a la pobre vida alcanza,  
se ha de asir de la esperanza  
el alma que en ello advierte;  
que, en término tan estrecho,  
y de tan fuerte rigor,  
no es posible que el temor  
sea al alma de provecho.

El esperar y el temer  
en la vida han de andar juntos;  
pero en la muerte otros puntos  
han de guardar y tener.

El que, en el palenque puesto,  
teme a su contrario, yerra;  
y está, el que animoso cierra,  
a la vitoria dispuesto.

En el campo estáis, señora;  
la guerra será esta tarde;  
mirad que no os acobarde  
el enemigo en tal hora.

D. [ANA]: Sin armas, ¿cómo he de entrar  
en el trance riguroso,  
siendo el contrario mañoso  
y duro de contrastar?

CRUZ: Confiad en el padrino  
y en el juez, que es mi Dios.

D. [ANA]: Parece que dais los dos  
en un mismo desatino.

D[e]jadme, que, en conclusión,  
tengo el alma de manera  
que no quiero, aunque Dios quiera,  
gozar de indulto y perdón.

¡Ay, que se me arranca el alma!  
¡Desesperada me muero!

CRUZ: Demonio, en Jesús espero  
que no has de llevar la palma  
desta empresa. ¡Oh Virgen pura!  
¿Cómo vuestro auxilio tarda?  
¡ángel bueno de su guarda,  
ved que el malo se apresura!

Padre mío, no desista  
de la oración, rece más,  
que es arma que a Satanás  
le vence en cualquier conquista.

ANTONIO: Cuerpo ayuno y desvelado  
fácilmente se empereza,

y, más que reza, bosteza,  
indevoto y desmayado.

D. [ANA]: ¡Que tan sin obras se halle  
mi alma!

CRUZ: Si fe recobras,  
yo haré que te sobren obras.

D. [ANA]: ¿Hállanse, a dicha, en la calle?  
¿Y la[s] que he hecho hasta aquí  
han sido sino de muerte?

CRUZ: Escucha un poco, y advierte  
lo que ahora diré.

D. [ANA]: Di.

CRUZ: Un religioso que ha estado  
gran tiempo en su religión,  
y con limpio corazón  
siempre su regla ha guardado,  
haciendo tal penitencia  
que mil veces el prior  
le manda tiempe el rigor  
en virtud de la obediencia;  
y él, con ayunos continuos,  
con oración y humildad,  
busca de riguridad  
los más ásperos caminos:  
e[1] duro suelo es su cama;  
sus lágrimas, su bebida,  
y sazona su comida  
de Dios la amorosa llama;  
un canto aplica a su pecho  
con golpes, de tal manera  
que, aunque de diamante fuera,  
le tuviera ya deshecho;  
por huir del torpe vicio  
de la carne y su regalo,  
su camisa, aunque esté malo,  
es de un áspero silicio;  
descalzo siempre los pies,  
de toda malicia ajeno,  
amando a Dios por ser bueno,  
sin mirar otro interés.

D. [ANA]: ¿Qué quieres deso inferir,  
padre?

CRUZ: Que digáis, señora,  
si este tal podrá, en la hora  
angustiada del morir,  
tener alguna esperanza  
de salvarse.

D. [ANA]: ¿Por qué no?  
¡Ojalá tuviera yo  
la menor parte que alcanza  
de tales obras tal padre!  
Pero no tengo ni aun una  
que en esta angustia importuna  
a mis esperanzas cuadre.

CRUZ: Yo os daré todas las mías,  
y tomaré el grave cargo  
de las vuestras a mi cargo.

D. [ANA]: Padre, dime: ¿desvarías?  
¿Cómo se puede hacer eso?

CRUZ: Si te quieres confesar,  
los montes puede allanar  
de caridad el exceso.  
Pon tú el arrepentimiento  
de tu parte, y verás luego  
cómo en tus obras me entrego,  
y tú en aquellas que cuento.

D. [ANA]: ¿Dónde están los fiadores  
que aseguren el concierto?

CRUZ: Yo estoy bien seguro y cierto  
que nadie los dio mejores,  
ni tan grandes, ni tan buenos,

ni tan ricos, ni tan llanos,  
puesto que son soberanos,  
y de inmensa alteza llenos.

D. [ANA]:

¿A quién me dais?

CRUZ:

A la pura,  
sacrosanta, rica y bella  
que fue madre y fue doncella,  
crisol de nuestra ventura.

A Cristo crucificado  
os doy por fiador también;  
dóyosle niño en Belén,  
perdido y después hallado.

D. [ANA]:

Los fiadores me contentan;  
los testigos, ¿quién serán?

CRUZ:

Cuantos en el cielo están  
y en sus escaños se sientan.

D. [ANA]:

El contrato referid,  
porque yo quede enterada  
de la merced señalada  
que me hacéis.

CRUZ:

Cielos, oíd:

Yo, fray Cristóbal de la Cruz, indigno  
religioso y profeso en la sagrada  
orden del patriarca felicísimo  
Domingo santo, en esta forma digo:  
Que al alma de doña Ana de Treviño,  
que está presente, doy de buena gana  
todas las buenas obras que yo he hecho  
en caridad y en gracia, desde el punto  
que dejé la carrera de la muerte  
y entré en la de la vida; doyle todos  
mis ayunos, mis lágrimas y azotes,  
y el mérito santísimo de cuantas  
misas he dicho, y asimismo doyle  
mis oraciones todas y deseos,  
que han tenido a mi Dios siempre por blanco;  
y, en contracambio, tomo sus pecados,  
por inormes que sean, y me obligo  
de dar la cuenta dellos en el alto  
y eterno tribunal de Dios eterno,  
y pagar los alcances y las penas  
que merecieren sus pecados todos.  
Mas es la condición deste concierto  
que ella primero de su parte ponga  
la confesión y el arrepentimiento.

ANTONIO:

¡Caso jamás oído es éste, padre!

CLÉRIGO:

Y caridad jamás imaginada.

CRUZ:

Y, para que me crea y se asegure,  
le doy por fiadores a la Virgen  
Santísima María y a su Hijo,  
y a las once mil vírgines benditas,  
que son mis valedoras y abogadas;  
y a la tierra y el cielo hago testigos,  
y a todos los presentes que me escuchan.  
Moradores del cielo, no se os pase  
esta ocasión, pues que podéis en ella  
mostrar la caridad vuestra encendida;  
pedid al gran Pastor de los rebaños  
del cielo y de la tierra que no deje  
que lleve Satanás esta ovejuela  
que él almagró con su preciosa sangre.  
Señora, ¿no aceptáis este concierto?

D. [ANA]:

Sí acepto, padre, y pido, arrepentida,  
confesión, que me muero.

CLÉRIGO:

¡Obras son éstas,  
gran Señor, de las tuyas!

ANTONIO:

¡Bueno queda  
el padre Cruz ahora, hecha arista  
el alma, seca y sola como espárrago!  
Páreceme que vuelve al Sicut erat,

y que deja el breviario y se acomoda  
con el barcelonés y la de ganchos.  
Siempre fue liberal, o malo, o bueno.  
D. [ANA]: Padre, no me dilate este remedio;  
oiga las culpas que a su cargo quedan,  
que, si no le desmayan por ser tantas,  
yo moriré segura y confiada  
que he de alcanzar perdón de todas ellas.  
CRUZ: Padre, vaya al convento, y dé esta nueva  
a nuestro padre, y ruéguele que haga  
general oración, dando las gracias  
a Dios deste suceso milagroso,  
en tanto que a esta nueva penitente  
oigo de confesión.  
ANTONIO: A mí me place.  
CRUZ: Vamos do estemos solos.  
D. [ANA]: En buen hora.  
CLÉRIGO: ¡Oh bienaventurada pecadora!

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

---

# JORNADA TERCERA

---

*[Sale] un CIUDADANO y el PRIOR*

CIUDADANO [1]: Oigan los cielos y la tierra entienda  
tan nueva y tan estraña maravilla,  
y su paternidad a oílla atienda;  
que, puesto que no pueda referilla  
con aquellas razones que merece,  
peor será que deje de decilla.  
Apenas a la vista se le ofrece  
doña Ana al padre Cruz, sin la fe pura  
que a nuestras esperanzas fortalece,  
cuando, con caridad firme y segura,  
hizo con ella un cambio de tal suerte,  
que cambió su desgracia en gran ventura.  
Su alma de las garras de la muerte  
eterna arrebató, y volvió a la vida,  
y de su pertinacia la divierte;  
la cual, como se viesse enriquecida  
con la dádiva santa que el bendito  
padre le dio sin tasa y sin medida,  
alzó al momento un piadoso grito  
al cielo, y confesión pidió llorando,  
con voz humilde y corazón contrito;  
y, en lo que antes dudaba no dudando,  
de sus deudas dio cuenta muy estrecha  
a quien agora las está pagando;  
y luego, sosegada y satisfecha,  
todos los sacramentos recibidos,  
dejó la cárcel de su cuerpo estrecha.  
Oyéronse en los aires divididos  
coros de voces dulces, de manera  
que quedaron suspensos los sentidos;  
dijo al partir de la mortal carrera  
que las once mil vírgines estaban  
todas en torno de su cabecera;  
por los ojos las almas distilaban  
de gozo y maravilla los presentes,  
que la suave música escuchaban;  
y, apenas por los aires transparentes  
voló de la contrita pecadora  
el alma a las regiones refulgentes,  
cuando en aquella misma feliz hora  
se vio del padre Cruz cubierto el rostro  
de lepra, adonde el asco mismo mora.  
Volved los ojos, y veréis el monstruo,  
que lo es en santidad y en la fiereza,  
cuya fealdad a nadie le da en rostro.

*[Sale] el padre CRUZ, llagado el rostro y las manos; tráenle dos CIUDADANOS  
de los brazos, y fray ANTONIO*

CRUZ: Acompaña a la lepra la flaqueza;  
no me puedo tener. ¡Dios sea bendito,  
que así a pagar mi buen deseo empieza!

PRIOR: Por ese tan borrado sobreescrito  
no podrá conoceros, varón santo,  
quien no os mirare muy de hito en hito.

CRUZ: Padre Prior, no se adelante tanto  
vuestra afición que me llaméis con nombre  
que me cuadra tan mal, que yo me espanto.  
Inútil fraile soy, pecador hombre,  
puesto que me acompaña un buen deseo;



mas no dan los deseos tal renombre.  
 CIUDADANO [1]: En vos contemplo, padre Cruz, y leo  
 la paciencia de Job, y su presencia  
 en vuestro rostro deslustrado veo.  
 Por la ajena malicia la inocencia  
 vuestra salió, y pagó tan de contado,  
 cual lo muestra el rigor desta dolencia.  
 Obligástesos hoy, y habéis pagado  
 hoy.

CRUZ: A lo menos, de pagar espero,  
 pues de mi voluntad quedé obligado.

CIUDADANO 2: ¡Oh, en la viña de Dios gran jornalero!  
 ¡Oh caridad, brasero y fragua ardiente!

CRUZ: Señores, hijo soy de un tabernero;  
 y si es que adulación no está presente,  
 y puede la humildad hacer su oficio,  
 cese la cortesía, aquí indecente.

ANTONIO: Yo, traidor, que a la gula, en sacrificio  
 del alma, y a la hampa, engendradora  
 de todo torpe y asqueroso vicio,  
 digo que me consagro desde agora  
 para limpiar tus llagas y curarte,  
 hasta el fin de mi vida o su mejora;  
 y no tendrá conmigo alguna parte  
 la vana adulación, pues, de contino,  
 antes rufián que santo he de llamarte.  
 Con esto no hallará ningún camino  
 la vanagloria para hacerte guerra,  
 enemigo casero y repentino.

CIUDADANO 2: Venistes para bien de aquesta tierra.  
 ¡Dios os guarde mil años, padre amado!

CIUDADANO 1: ¡Sólo en su pecho caridad encierra!

CRUZ: Padres, recójame, que estoy cansado.

*Éntranse todos, y salen dos demonios [SAQUIEL y VISIEL:];  
 el uno con figura de oso, y el otro como qui si eren. (Esta visión fue  
 verdadera, que ansí se cuenta en su historia)*

SAQUIEL: ¡Que así nos la quitase de las manos!  
 ¡Que así la mies tan sazónada nuestra  
 la segase la hoz del tabernero!  
 ¡Reniego de mí mismo, y aun reniego!  
 ¡Y que tuviese Dios por bueno y justo  
 tal cambalache! Estúvose la dama  
 al pie de cuarenta años en sus vicios,  
 desesperada de remedio alguno;  
 llega estotro buen alma, y dale luego  
 los tesoros de gracia que tenía  
 adquiridos por Cristo y por sus obras.  
 ¡Gentil razón, gentil guardar justicia,  
 y gentil igualar de desiguales  
 y contrapuestas prendas: gracia y culpa,  
 bienes de gloria y del infierno males!

VISIEL: Como fue el corredor desta mohatra  
 la caridad, facilitó el contrato,  
 puesto que desigual.

SAQUIEL: Desesa manera,  
 más rica queda el alma deste rufo,  
 por haber dado cuanto bien tenía,  
 y tomado el ajeno mal a cuestras,  
 que antes estaba que el contrato hiciese.

VISIEL: No sé qué te responda; sólo veo  
 que no puede ninguno de nosotros  
 alabarse que ha visto en el infierno  
 algún caritativo.

SAQUIEL: ¿Quién lo duda?  
 ¿Sabes qué veo, Visiel amigo?  
 Que no es equivalente aquesta lepra  
 que padece este fraile, a los tormentos  
 que pasara doña Ana en la otra vida.

VISIUEL:                   ¿No adviertes que ella puso de su parte  
grande arrepentimiento?  
SAQUIEL:                               Fue a los fines  
de su malvada vida.  
VISIUEL:                               En un instante  
nos quita de las manos Dios al alma  
que se arrepiente y sus pecados llora;  
cuanto y más, que ésta estaba enriquecida  
con las gracias del fraile hi de bellaco.  
SAQUIEL:                   Mas deste generoso, a lo que entiendes,  
¿qué será dél agora que está seco  
e inútil para cosa desta vida?  
VISIUEL:                   ¿Aqueso ignoras? ¿No sabes que conocen  
sus frailes su virtud y su talento,  
su ingenio y su bondad, partes bastantes  
para que le encomienden su gobierno?  
SAQUIEL:                   ¿Luego, será prior?  
VISIUEL:                                       ¡Muy poco dices!  
Provincial le verás.  
SAQUIEL:                               Ya lo adivino.  
En el jardín está; tú no te muestres,  
que yo quiero a mis solas darle un toque  
con que siquiera a ira le provoque.

*[Vanse]. Sale[n] fray ÁNGEL y fray ANTONIO*

ANTONIO:                   ¿Qué trae, fray Ángel? ¿Son huevos?  
ÁNGEL:                               Hable, fray Antonio, quedo.  
ANTONIO:                   ¿Tiene miedo?  
ÁNGEL:                                       Tengo miedo.  
ANTONIO:                   Déme dos de los más nuevos,  
de los más frescos, le digo,  
que me los quiero sorber  
así, crudos.  
ÁNGEL:                               Hay que hacer  
primero otra cosa, amigo.  
ANTONIO:                   Siempre acudes a mi ruego  
dilatando tus mercedes.  
ÁNGEL:                   Si estos huevos comer puedes,  
veslos aquí, no los niego.

*Muéstrale dos bolas de argolla*

ANTONIO:                   ¡Oh coristas y novicios!  
La mano que el bien dispensa  
os quite de la despensa  
las cerraduras y quicios;  
la yerba del pito os dé,  
que abre todas cerraduras,  
y veáis, estando a oscuras,  
como el luciérnago ve;  
y, señores de las llaves,  
sin temor y sobresalto,  
deis un generoso asalto  
a las cosas más sùaves;  
busquéis hebras de tocino,  
sin hacer del unto caso,  
y en penante y limpio vaso  
deis dulces sorbos de vino;  
de almendra morisca y pasa  
vuestras mangas se vean llenas,  
y jamás muelas ajenas  
a las vuestras pongan tasa;  
cuando en la tierra comáis  
pan y agua con querellas,  
halléis empanadas bellas  
cuando a la celda volváis;  
hágaos la paciencia escudo  
en cualquiera vuestro aprieto;

mándeos un prior discreto,  
afable y no cabezudo.

ÁNGEL: Deprecación bien cristiana,  
fray Antonio, es la que has hecho;  
que aspiró a nuestro provecho  
es cosa también bien llana.  
Grande miseria pasamos  
y a sumo estrecho venimos  
los que misa no decimos  
y los que no predicamos.

[ANTONIO]: ¿Para qué son esas bolas?

ÁNGEL: Yo las llevaba con fin  
de jugar en el jardín  
contigo esta tarde a solas,  
en las horas que nos dan  
de recreación.

ANTONIO: ¿Y llevas  
argolla?

ÁNGEL: Y paletas nuevas.

ANTONIO: ¿Quién te las dio?

ÁNGEL: Fray Beltrán.  
Se las envió su prima,  
y él me las ha dado a mí.

ANTONIO: Con las paletas aquí  
haré dos tretas de esgrima.  
Precíngete como yo,  
y entrégame una paleta,  
y está advertido una treta  
que el padre Cruz me mostró  
cuando en la jácara fue  
águila volante y diestra.  
Muestra, digo; acaba, muestra.

ÁNGEL: Toma, pero yo no sé  
de esgrima más que un jumento.

ANTONIO: Ponte de aquesta manera:  
vista alerta; ese pie, fuera,  
puesto en medio movimiento.  
Tírame un tajo volado  
a la cabeza. ¡No así;  
que ése es revés, pese a mí!  
¡Soy un asno enalbardado!

ÁNGEL: ¿Esta es la brava postura  
que llaman puerta de hierro  
los jaques.

ÁNGEL: ¡Notable yerro  
y disparada locura!

ANTONIO: Doy broquel, saco el baldeo,  
levanto, señalo o pego,  
repárome en cruz, y luego  
tiro un tajo de voleo.

*[Sale] el padre CRUZ, arrimado a un báculo y rezando en un  
rosario*

CRUZ: Fray Antonio, basta ya;  
no mueran más, si es posible.

ÁNGEL: ¡Qué confusión tan terrible!

CRUZ: ¡Buena la postura está!  
No se os pueden embotar  
las agudezas de loco.

ANTONIO: Indigesto estaba un poco,  
y quíseme ejercitar  
para hacer la digestión,  
que dicen que es conveniente  
el ejercicio vehemente.

CRUZ: Vos tenéis mucha razón;  
mas yo os daré un ejercicio  
con que os haga por la posta  
digerir a vuestra costa  
la superfluidad del vicio;

vaya y póngase a rezar  
dos horas en penitencia;  
y puede su reverencia,  
fray Ángel, ir a estudiar,  
y déjese de las tretas  
de este valiente mancebo.  
¿Las bolas?

ANTONIO:

ÁNGEL:

ANTONIO:

Aquí las llevo.  
Toma, y lleva las paletas.

[*Vanse*] fray ANTONIO y fray ÁNGEL

CRUZ:

De la escuridad del suelo  
te saqué a la luz del día,  
Dios queriendo, y yo querría  
llevarte a la luz del Cielo.

*Vuelve a entrar SAQUIEL, vestido de oso. (Todo fue así)*

SAQUIEL:

Cambiador nuevo en el mundo,  
por tu voluntad enfermo,  
¿piensas que eres en el yermo  
algún Macario segundo?  
¿Piensas que se han de avenir  
bien para siempre jamás,  
con lo que es menos lo más,  
la vida con el morir,  
soberbia con humildad,  
diligencia con pereza,  
la torpedad con limpieza,  
la virtud con la maldad?

Engañaste; y es tan cierto  
no avenirse lo que digo,  
que puedes ser tú testigo  
de esta verdad con que acierto.

CRUZ:

¿Qué quieres deso inferir,  
enemigo Satanás?

SAQUIEL:

Que es locura en la que das  
dignísima de reír;  
que en el cielo ya no dan  
puerta a que entren de rondón,  
así como entró un ladrón,  
que entre también un rufián.

CRUZ:

Conmigo en balde te pones  
a disputar; que yo sé  
que, aunque te sobre en la fe,  
me has de sobrar tú en razones.

Dime a qué fue tu venida,  
o vuélvete, y no hables más.

SAQUIEL:

Mi venida, cual verás,  
es a quitarte la vida.

CRUZ:

Si es que traes de Dios licencia,  
fácil te será quitalla,  
y más fácil a mí dalla  
con promptísima obediencia.

Si la traes, ¿por qué no pruebas  
a ofenderme? Aunque recelo  
que no has de tocarme a un pelo,  
por muy mucho que te atrevas.

¿Qué bramas? ¿Quién te atormenta?  
Pero espérate, adversario.

SAQUIEL:

Es para mí de un rosario  
bala la más chica cuenta.

Rufián, no me martirices;  
tuerce, hipócrita, el camino.

CRUZ:

Aun bien que tal vez, malino,  
algunas verdades dices.

Vase el demonio [SAQUIEL] bramando

Vuelve, que te desafío  
a ti y al infierno todo,  
hecho valentón al modo  
que plugo al gran Padre mío.  
¡Oh alma!, mira quién eres,  
para que del bien no tuerzas;  
que el diablo no tiene fuerzas  
más de las que tú le dieras.  
Y, para que no rehúyas  
de verte con él a brazos,  
Dios rompe y quiebra los lazos  
que pasan las fuerzas tuyas.

Vuelve a [salir] fray ANTONIO con un plato de hilas y paños  
limpios

ANTONIO: Éntrese, padre, a curar.  
CRUZ: Paréceme que es locura  
pretender a mi mal cura.  
ANTONIO: ¿Es eso desesperar?  
CRUZ: No, por cierto, hijo mío;  
mas es esta enfermedad  
de una cierta calidad,  
que curarla es desvarío.  
Viene del cielo.  
ANTONIO: ¿Es posible  
que tan mala cosa encierra  
el cielo, do el bien se encierra?  
Téngolo por imposible.  
¿Estaráse ahora holgando  
doña Ana, que te la dio,  
y estaréme en balde yo  
tu remedio procurando?

[Sale] fray ÁNGEL

ÁNGEL: Padre Cruz, mándeme albricias,  
que han elegido prior.  
CRUZ: Si no te las da el Señor,  
de mí en vano las codicias.  
Mas, decidme: ¿quién salió?  
ÁNGEL: Salió su paternidad.  
CRUZ: ¿Yo, padre?  
ÁNGEL: Sí, en mi verdad.  
ANTONIO: ¿Búrlaste, fray Ángel?  
ÁNGEL: No.  
CRUZ: ¿Sobre unos hombros podridos  
tan pesada carga han puesto?  
No sé qué me diga desto.  
ANTONIO: Cególes Dios los sentidos:  
que si ellos te conocieran  
como yo te he conocido,  
tomaran otro partido,  
y otro prior eligieran.  
ÁNGEL: Ahora digo, fray Antonio,  
que tiene, sin duda alguna,  
es esa lengua importuna  
entretejido el demonio;  
que si ello no fuera así  
nunca tal cosa dijera[s].  
ANTONIO: Fray Ángel, no hablo de veras;  
pero conviene esto aquí.  
Gusta este sante de verse  
vituperado de todos,  
y va huyendo los modos

do pueda ensoberbecerse.  
 Mira qué confuso está  
 por la nueva que le has dado.  
 Puesto le tiene en cuidado.

ÁNGEL:  
 ANTONIO: El cargo no aceptará.  
 CRUZ: ¿No saben estos benditos  
 como soy simple y grosero,  
 y hijo de un tabernero,  
 y padre de mil delitos?

ANTONIO: Si yo pudiera dar voto  
 a fe que no te le diera;  
 antes, a todos dijera  
 la vida que de hombre roto  
 en Sevilla y en Toledo  
 te vi hacer.

CRUZ: Tiempo te queda:  
 dila, amigo, porque pueda  
 escaparme deste miedo  
 que tengo de ser prelado,  
 cargo para mí indecente:  
 que, ¿a qué será suficiente  
 hombre que está tan llagado  
 y que ha sido un...?

ANTONIO: ¿Qué? ¿Rufián?  
 Que por Dios, y así me goce,  
 que le vi reñir con doce  
 de heria y de San Román;  
 y en Toledo, en las Ventillas,  
 con siete terciopeleros,  
 él hecho zaque, ellos cueros,  
 le vide hacer maravillas.  
 ¡Qué de capas vi a sus pies!  
 ¡Qué de broqueles rajados!  
 ¡Qué de cascos abollados!  
 Hirió a cuatro: huyeron tres.  
 Para aqueste ministerio  
 sí que le diera mi voto,  
 porque en él fuera el más doto  
 rufián de nuestro hemisferio;  
 pero para ser prior  
 no le diera yo jamás.

CRUZ: ¡Oh, cuánto en lo cierto estás,  
 Antonio!

ANTONIO: ¡Y cómo, señor!  
 CRUZ: Así cual quieres te goces,  
 cristiano, y fraile, y sin mengua,  
 que des un filo a la lengua  
 y digas mi vida a voces.

*[Sale] el PRIOR y otro fraile de acompañamiento*

PRIOR: Vuestra paternidad nos dé las manos,  
 y bendición con ellas.

CRUZ: Padres míos,  
 ¿adónde a mí tal sumisión?

PRIOR: Mi padre  
 es ya nuestro prelado.

ANTONIO: ¡Buenos cascos  
 tienen, por vida mía, los que han hecho  
 semejante elección!

PRIOR: Pues qué, ¿no es santa?  
 ANTONIO: A un Job hacen prior, que no le falta  
 si no es el muladar y ser casado  
 para serlo del todo. ¡En fin: son frailes!  
 Quien tiene el cuerpo de dolores lleno,  
 ¿cómo podrá tener entendimiento  
 libre para el gobierno que requiere  
 tan peligroso y trabajoso oficio  
 como el de ser prior? ¿No lo ven claro?

CRUZ: ¡Oh qué bien que lo ha dicho fray Antonio!



Por esto inclino la soberbia frente,  
y quiero que mi angustia sea notoria  
a vosotros, partícipes y amigos,  
y de mi mal y mi rancor testigos;  
no para que me deis consuelo alguno,  
pues tenerle nosotros no es posible,  
sino porque acudáis al oportuno  
punto que hasta los santos es terrible.  
Este rufián, cual no lo fue ninguno,  
por su fealdad al mundo aborrecible,  
está ya de partida para el cielo,  
y humilde apresta el levantado vuelo.

Acudid y turbadle los sentidos,  
y entibiad, si es posible, su esperanza,  
y de sus vanos pasos y perdidos  
hacedle temerosa remembranza;  
no llegue alegre voz a sus oídos  
que prometa segura confianza  
de haber cumplido con la deuda y cargo  
que por su caridad tomó a su cargo.

¡Ea!, que expira ya, después que ha hecho  
prior y provincial tan bien su oficio,  
que tiene al suelo y cielo satisfecho,  
y da de que es gran santo gran indicio.

SAQUIEL: No será nuestra ida de provecho,  
porque será de hacerle beneficio,  
pues siempre que a los brazos he venido  
con él, queda con palma y yo vencido.

LUCIFER: Mientras no arroja el postrimero aliento,  
bien se puede esperar que en algo tuerza  
el peso, puesto en duda el pensamiento;  
que a veces puede mucho nuestra fuerza.

VISIEL: Yo cumpliré, señor, tu mandamiento:  
que adonde hay más bondad, allí se esfuerza  
más mi maldad. Allá voy diligente.

LUCIFER: Todos venid, que quiero estar presente.

*[Vanse] todos, y salen tres ALMAS, vestidas con tunicelas de tafetán  
blanco, velos sobre los rostros y velas encendidas*

ALMA 1: Hoy, hermanas, que es el día  
en quién, por nuestro consuelo,  
las puertas ha abierto el cielo  
de nuestra carcelería,  
para venir a este punto  
todo lleno de misterio,  
viendo en este monasterio  
al gran Cristóbal difunto,  
al alma devota suya  
bien será la acompañemos,  
y a la región le llevemos  
do está la eterna Aleluya.

ALMA 2: Felice jornada es ésta,  
santa y bienaventurada,  
pues se hará, con su llegada,  
en todos los cielos fiesta:  
que, llevando en compañía  
alma tan devota nuestra,  
darán más claro la muestra  
de júbilo y de alegría.

ALMA 3: Ella abrió con oraciones,  
ayunos y sacrificios,  
de nuestra prisión los quicios,  
y abrevió nuestras pasiones.  
Cuando en libertad vivía,  
de nosotras se acordaba,  
y el rosario nos rezaba  
con devoción cada día;  
y, cuando en la religión  
entró, como habemos visto,



muerto al diablo y vivo a Cristo,  
aumentó la devoción.

Ni por la riguridad  
de las llagas que en sí tuvo  
jamás indevoto estuvo,  
ni falta de caridad.

Prior siendo y provincial,  
tan manso y humilde fue,  
que hizo de andar a pie  
y descalzo gran caudal.

Trece años ha que ha vivido  
llagado, de tal manera  
que, a no ser milagro, fuera  
en dos días consumido.

ALMA 1:

Remite sus alabanzas  
al lugar donde caminas,  
que allí las darán condignas  
al valor que tú no alcanzas;  
y mezclémonos agora  
entre su acompañamiento,  
escuchando el sentimiento  
deste su amigo que llora.

*[Vanse]. Sale fray ANTONIO llorando, y trae un lienzo manchado de sangre*

ANTONIO:

Acabó la carrera  
de su cansada vida;  
dio al suelo los despojos;  
del cuerpo voló al cielo la alma santa.  
¡Oh padre, que en el siglo  
fuiste mi nube oscura,  
mas en el fuerte asilo,  
que así es la religión, mi norte fuiste!  
Trece años ha que lidias,  
por ser caritativo  
sobre el humano modo,  
con podredumbre y llagas insufribles;  
mas los manchados paños  
de tus sangrientas llagas  
se estiman más agora  
que delicados y olorosos lienzos:  
con ellos mil enfermos  
cobran salud entera;  
mil veces les imprimen  
los labios más ilustres y señores.  
provincial, anduvieron  
a pie infinitas leguas  
por lodos, por barrancos, por malezas,  
agora son reliquias,  
agora te los besan  
tus súbditos, y aun todos  
cuantos pueden llegar a donde yaces.  
Tu cuerpo, que ayer era  
espectáculo horrendo,  
según llagado estaba,  
hoy es bruñida plata y cristal limpio:  
señal que tus carbunclos,  
tus grietas y aberturas,  
que podrición vertía[n],  
estaban por milagro en ti, hasta tanto  
que la deuda pagases  
de aquella pecadora  
que fue limpia en un punto:  
¡tanto tu caridad con Dios valía!

*[Sale] el PRIOR*

PRIOR:

Padre Antonio, deje el llanto,

y acuda a cerrar las puertas,  
porque si las halla abiertas  
el pueblo, que acude tanto,  
no nos han de dar lugar  
para enterrar a su amigo.  
Aunque se cierren, yo digo  
que ha poco de aprovechar.  
No ha de bastar diligencia,  
pero con todo, allá iré.

ANTONIO:

[Sale] fray ÁNGEL

ÁNGEL: ¿Dónde vas, padre?  
ANTONIO: No sé.  
ÁNGEL: Acuda su reverencia,  
que está toda la ciudad  
en el convento, y se arrojan  
sobre el cuerpo, y le despojan  
con tanta celeridad.  
Y el virrey está también  
en su celda.  
PRIOR: Padre Antonio,  
venga a ver el testimonio  
que el cielo da de su bien.

[Vanse] todos. Salen dos CIUDADANOS: el uno con lienzo de sangre,  
y el otro con un pedazo de capilla

CIUDADANO 1: ¿Qué lleváis vos?  
CIUDADANO 2: Un lienzo de sus llagas.  
¿Y vos?  
CIUDADANO 1: De su capilla este pedazo,  
que le precio y le tengo en más estima  
que si hallara una mina.  
CIUDADANO 2: Pues salgamos  
aprisa del convento, no nos quiten  
los frailes las reliquias.  
CIUDADANO 1: ¡Bueno es eso!  
¡Antes daré la vida que volvellas!

[Sale] otro CIUDADANO

CIUDADANO 3: Yo soy, sin duda, la desgracia misma;  
no he podido topar de aqueste santo  
siquiera con un hilo de su ropa,  
puesto que voy contento y satisfecho  
con haberle besado cuatro veces  
los santos pies, de quien olor despide  
del cielo; pero tal fue él en la tierra.  
El virrey le trae en hombros, y sus frailes,  
y aquí, en aquesta bóveda del claustro,  
le quieren enterrar. Música suena;  
parece que es del cielo, y no lo dudo.

*Traen al santo tendido en una tabla, con muchos rosarios sobre el cuerpo;  
tráenle en hombros sus frailes y el virrey; suena lejos música de flautas o  
chirimías; cesando la música, dice a voces dentro LUCIFER: o, si qui si eren,  
salgan los demonios al teatro*

LUCIFER: Aun no puedo llegar siquiera al cuerpo,  
para vengar en él lo que en el alma  
no pude: tales armas le defienden.  
SAQUIEL: No hay arnés que se iguale al del rosario.  
LUCIFER: Vamos, que en sólo verle me confundo.  
SAQUIEL: No habemos de parar hasta el profundo.  
ANTONIO: ¿Oyes, fray Ángel?  
ÁNGEL: Oigo, y son los diablos.

VIRREY: Háganme caridad sus reverencias,  
que torne yo otra vez a ver el rostro  
deste bendito padre.

PRIOR: Sea en buen hora.  
Padres, abajen, pónganle [en el suelo],  
que, pues la devoción de su excelencia  
se extiende a tanto, bien será agradalle.

VIRREY: ¿Que es este el rostro que yo vi ha dos días  
de horror y llagas y materias lleno?  
¿Las manos gafas son aquéostas, cielo?  
¡Oh alma que, volando a las serenas  
regiones, nos dejaste testimonio  
del felice camino que hoy has hecho!  
Clara y limpia la caja do habitaste,  
abrasada primero y ahumada  
con el fuego encendido en que se ardía,  
todo de caridad y amor divino.

CIUDADANO 1: Déjenosle besar sus reverencias  
los pies siquiera.

PRIOR: Devoción muy justa.

VIRREY: Hagan su oficio, padres, y en la tierra  
escondan esta joya tan del cielo;  
esa esperanza nuestro mal remedia.  
Y aquí da fin felice esta comedia.

## FIN DE LA COMEDIA

---